CONTRA LOS CRISTIANOS



PORFIRIO

PORFIRIO

CONTRA LOS CRISTIANOS



Ediciones Sol Invicto

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. 2006.

Recopilación de fragmentos, traducción, introducción y notas por: Enrique A. Ramos Jurado, Joaquín Ritoré Ponce, Antonia Carmona Vázquez, Inmaculada Rodríguez Moreno, Francisco Javier Ortolá Salas, José María Zamora Calvo.

Digitalizado por Sol Invicto. 7° Edición.

INTRODUCCIÓN

BIOGRAFÍA

Porfirio nació en Tiro de Fenicia, en el seno de una familia noble, en torno a 233 o 234 d.C. y murió en Roma, en 305 d.C. Tras de sí dejaba una vida a caballo entre Atenas, donde estudió con Longino, un platónico-medio que no separaba filosofía y literatura; Roma, donde se formó en la escuela de Plotino y polemizó con los gnósticos; y Sicilia, donde parece que se consagró a componer los comentarios de Aristóteles y a redactar su vasto tratado *Contra Christianos*, obra que le generaría, tras su muerte, la hostilidad de los emperadores cristianos.

Sabemos, gracias a Eunapio, que Porfirio pertenecía a una familia distinguida de Tiro, una ciudad cosmopolita y comercial, lugar de encuentro y de fusión entre Oriente y Occidente. En ella, nos dice Bidez, «los dioses de Homero y de Hesíodo fraternizaban desde hacía tiempo con las divinidades semíticas». Por un dato autobiográfico, sabemos que Porfirio, «siendo aún muy joven», encontró personalmente a Orígenes el cristiano, probablemente en la escuela de Cesarea de Palestina. Porfirio pudo asistir a sus clases como un discípulo más, o al menos como un oyente, y nos ofrece una lista de los autores paganos que Orígenes interpretaba. No sabemos con certeza cuánto tiempo permaneció en Cesarea, siguiendo las enseñanzas del apologeta cristiano y frecuentando su nutrida biblioteca.

Más tarde, el «anciano tiro», como le califica Libanio, estudió en Atenas, donde tuvo por maestros a Demetrio el geómetra, a Apolonio el gramático, acaso a Minuacio el profesor de retórica, y, principalmente, a Longino, el filólogo y «mayor crítico de nuestro tiempo».

Porfirio llega a Roma en el verano de 263, coincidiendo con las fiestas decenales del reinado de Galieno. Tenía entonces treinta años. Las clases transcurrían en forma de diálogo: los estudiantes planteaban cuestiones y, a continuación, el maestro respondía, sin que el tema fuera único ni la exposición se adaptase a un único patrón. Asimismo, se sucedían las exposiciones orales y la lectura de textos y comentarios, abiertos a discusiones. Porfirio mantuvo una discusión con Plotino, que se prolongó

durante tres días, sobre el modo como el alma se une con el cuerpo. Un individuo llamado Taumasio interrumpió a Plotino, señalando de forma poco cortés que quería oírle exponer un tema general, apto para tomar apuntes, y no las preguntas de Porfirio, a las que se sucedían las respuestas del maestro. Plotino le recriminó al instante: «Pero si, cuando Porfirio pregunta, no le resolvemos las dificultades, mal podremos decir una sola palabra como para tomar apuntes».

Sin duda, Porfirio era uno de los compañeros más allegados que tuvo Plotino en Roma, por lo que no resulta extraño que le encargara precisamente a él la corrección de sus escritos. Numerosos son los pasajes de la Vida de Plotino que aluden a la excelente amistad que une al maestro con el discípulo.

En una fiesta dedicada a Platón, Porfirio leyó un poema titulado «Las sagradas nupcias», en el que había muchas cosas escritas en lenguaje velado, empleando una forma mistérica y un tono exaltado, por lo que alguien comentó: «Porfirio está loco». Pero Plotino señaló: «Te has revelado a un tiempo poeta, filósofo y hierofante». Podemos conjeturar que Porfirio explicaba en su poema, de una manera alegórica, las «sagradas nupcias» de Zeus y Deméter. El «hierofante», es decir, el «revelador de cosas sagradas», era el sacerdote principal de los misterios de Eleusis, y las «sagradas nupcias» simbolizaban la unión mística nupcial del alma con lo divino.

Cuando el retórico Diófanes leyó una *Defensa de Alcibíades*, como aparece en el *Banquete* de Platón, sosteniendo la tesis de que, para aprender bien la virtud, el discípulo debe presentarse a la unión carnal con el maestro cuando éste desee la unión sexual, Plotino, inquieto y alterado, encomendó a Porfirio que compusiera por escrito una refutación. Aunque Diófanes no le entregara su texto, Porfirio redactó y leyó ante el mismo auditorio su refutación, haciendo disfrutar a su maestro.

Entre los gnósticos cristianos existentes en tiempo de Plotino, que formaban parte de una secta derivada de la antigua filosofía (posiblemente el platonismo), Porfirio destaca a los adeptos de Delfio y Aquilino, que poseían los escritos de Alejandro el Libio, de Filocomo, de Demóstrato y de Lido, y compusieron las *Revelaciones* de Zoroastro, de Zostriano, de Nicóteo, de Alógenes, de Meso. Asimismo, como estos mismos gnósticos sostenían que Platón no había sondeado las profundidades de la esencia inteligible, Plotino escribió un tratado titulado *Contra los gnósticos*, y fue seguido por Amelio,

quien redactó cuarenta libros contra la *Revelación* de Zostriano, y por Porfirio, quien compuso numerosas refutaciones en contra de la *Revelación* de Zoroastro, tratando de demostrar que este libro es completamente falso, reciente y redactado por los fundadores de la secta.

Cuando Porfirio escuchó por primera vez a Plotino –contaba entonces, como ya hemos dicho, treinta años–, presentó contra él una refutación escrita tratando de demostrar, siguiendo a su anterior maestro Longino, que los inteligibles se hallan fuera de la Inteligencia. Plotino encargó a Amelio la lectura de este escrito y, una vez leído, le encomendó «resolver las dificultades en las que ha caído por desconocimiento de nuestras doctrinas». Para refutarlo, Amelio compuso entonces un texto bastante extenso *Contra las aporías de Porfirio*. Y, por su parte, Porfirio redactó una nueva réplica contra este texto, y Amelio, a su vez, una contrarréplica, con la que Porfirio mudó de parecer y escribió una «palinodia», que leyó en clase. Desde este momento, se le confiaron los tratados de Plotino, al mismo tiempo que despertó en su maestro «la ambición de dar cuerpo y desarrollar más por extenso su filosofía», e hizo que a Amelio «le entraran ganas de escribir». Por su parte, Longino contesta a la «palinodia» de Porfirio en un escrito donde examina el tratado plotiniano *Sobre la Inteligencia, las ideas y el ser*, en el que defiende no sólo que los inteligibles se hallan fuera de la inteligencia, sino también que el «modelo» del *Timeo* es posterior al Demiurgo. Asimismo, en la *Réplica a la carta de Amelio*, tan voluminosa como un libro, Longino respondió a la epístola que Amelio le remitió bajo el título *Sobre el carácter de la filosofía de Plotino*.

A la muerte de su maestro, asistido sólo por su discípulo Eustoquio, Porfirio se encontraba viviendo en Lilibeo, en Sicilia.

Finalmente, y después de pasar por Cartago, Porfirio regresa a Roma. En esta ciudad funda una escuela a la que acuden, entre otros discípulos, Jámblico de Calcis y Teodoro de Asine. En torno a 298, Porfirio edita las obras de Plotino, inspirado por el espíritu de Pitágoras y la mística de los números. El maestro alejandrino había confiado a su discípulo la «corrección» y la «ordenación» de sus escritos, resultando las *Enéadas*.

En los umbrales de la vejez, Porfirio contrajo matrimonio con Marcela, viuda de un amigo y madre de siete hijos, cinco niñas y dos niños, algunos de ellos de corta edad. Lo hizo no para poder tener hijos, sino para que los hijos de ella pudieran ser educados. Probablemente, a los sesenta y ocho

años, Porfirio escribió la Vida de Plotino, como introducción de las Enéadas. Con esta misma edad declara haberse allegado al Dios omnistranscedente y haberse aunado en él. Esta meta la alcanzó Porfirio una sola vez, mientras que su maestro Plotino, durante el tiempo que estuvo con él, la alcanzó cuatro veces. Porfirio moriría en Roma, según Eunapio, bajo el reinado del emperador Diocleciano, cuya abdicación se produce en el 305.

SOBRE SU FILOSOFÍA

Porfirio se aparta de Plotino y regresa a la teoría defendida por la mayoría de los platónicos medios de la compatibilidad de la doctrina de Platón con la de Aristóteles, interpretada como una ontología de la realidad sensible. De este modo, el paradigma de la armonización está en la base del edificio jerárquico y gradual del ser, donde lo inteligible se diferencia de lo sensible, pero salvaguardando la unidad de la realidad. El proyecto filosófico porfiriano se inspira profundamente en la corriente platónica de la época imperial. Con frecuencia adopta un tono apologético y polémico para refutar a sus adversarios, ya sean platónicos, estoicos o peripatéticos. Este estilo filosófico, marcado por la polémica y la confrontación, lo dirige no sólo contra el cristianismo, sino también contra la interpretación de los oráculos y la influencia de la teúrgia de Jámblico. En efecto, el principio de la unidad de lo real, donde cada nivel se relaciona con un solo y único principio absolutamente simple y anterior a él, inspira en última instancia la síntesis «polifónica» de Porfirio. Precisamente, a lo largo de su obra, Porfirio trata de evitar todo tipo de desarmonía y confusión. Por una parte, la creencia cristiana en un Dios sujeto a las pasiones de lo sensible radica en una confusión y falta de armonía entre el dominio de lo inteligible y el dominio de lo sensible. Por otra parte, en el contexto de la religión pagana, Jámblico, al subordinar la filosofía a la práctica de la teúrgia, confunde y desajusta lo inteligible y lo sensible, reduciendo la filosofía a un instrumento necesario, pero insuficiente, para alcanzar la experiencia del primer principio.

SOBRE EL CONTRA CHRISTIANOS

«Porfirio, el que escribió *Contra los cristiano*s... Éste es Porfirio, quien ejercitó su insolente lengua contra los cristianos, Porfirio, el enemigo de los

cristianos, natural de la ciudad fenicia de Tiro». En este tono hostil se refiere la *Suda* al neoplatónico, destacando por encima de todo sus ataques verbales directos –la «insolente lengua» es su única arma disponible– contra el cristianismo. De estos ataques arranca la imagen de Porfirio como personaje odiado y temido por la Iglesia, acreedor de condenas y refutaciones, en torno al cual llega incluso a inventarse leyendas sobre el resentimiento que se escondería tras sus invectivas contra la «religión verdadera».

En el *Los Cristianos*, un tratado de juventud, también caracterizado por una polémica anticristiana explícita, Porfirio exhibe una vasta sabiduría religiosa, sirviéndose de diversas fuentes, no solamente de la astrología, sino también del orfismo, el platonismo, el estoicismo y el misticismo. Pretende hacer una apología del paganismo mostrando que el culto a los ídolos no implica para nada las aberraciones que le imputan sus adversarios. Admite en su galería de imágenes todas las divinidades nacionales o extranjeras que la religión griega había aceptado, de suerte que en su teología figuraran elementos inspirados en los misterios orientales. Así se encuentran, con todos sus atributos, representaciones de los dioses que configuraban el panteón de las divinidades estelares, es decir, las esferas, el fuego superior, las divinidades de los planetas, la luna, los signos del zodíaco, y sobre todo Helios, el gran dispensador de los bienes en el mundo terreno.

Desde las primeras líneas de *Los Cristianos*, por otro lado, se convierten en objeto de censura. Desde el comienzo de la obra el polemista apunta a los cristianos, del mismo modo que a los judíos, cuando alude a esos ignorantes que, además de estúpidos, delante de una estatua no comprenden nada, al igual que un analfabeto delante de una inscripción de una estela, y no ven otra cosa que la piedra, la madera o el metal. Así viene a insistir en uno de sus argumentos preferidos, que no deja de aparecer en los argumentos del adversario pagano de Macario. Los cristianos habrían heredado de los judíos ese rechazo hacia la imagen tallada, el desprecio y el temor a los ídolos, donde, por otro lado, imaginaban que se ocultaban démones.

Si nos atenemos al planteamiento tradicional, que se basa en la interpretación literal del testimonio de Eusebio, es en su retiro siciliano donde Porfirio comienza la redacción del *Contra Christianos*, cuando tenía unos cuarenta años.

Hasta la aparición del tratado de Porfirio la crítica anticristiana carecía de profundidad. *El Discurso Verdadero* de Celso fue la primera tentativa de

redacción de un tratado sistemático, en torno al 178, contra la nueva religión. Los argumentos de Celso apuntaban al peligro político que suponían los cristianos para el Imperio, para la seguridad del Estado, para la propia libertad religiosa –dado su celoso exclusivismo–, para el orden social y para los valores tradicionales. Pero además el ataque de Celso parte también de la óptica del judaísmo y alcanza a algunos planteamientos cristianos como la interpretación de las profecías, el antropomorfismo de Dios o la resurrección.

La originalidad de Porfirio, y lo que lo convierte en un formidable adversario para los cristianos, merecedor de terribles descalificaciones, estriba en su espiritualidad neoplatónica y en su sólida formación filosófica y filológica. En este segundo aspecto, la erudición, el conocimiento de las escrituras judeocristianas, la crítica filológica heredada de Longino en Atenas, lo llevan a exponer sus argumentaciones partiendo de los textos y a realizar análisis que apuntan a demostrar que los evangelios y el resto de los libros canónicos están repletos de invenciones, hechos inverosímiles y contradicciones. De este modo quedaba cuestionado el testimonio que invocan los creyentes para apoyar su fe. Finalmente, aunque la perspectiva patriótica de Celso no se descuidaba, el origen de sus ataques y, en definitiva, la propia motivación para redactar su tratado era su profundo sentimiento religioso que, heredero de la espiritualidad plotiniana, no dejaba de lado –como hemos comentado y como es propio del platonismo medio y, en un modo más acentuado, de continuadores neoplatónicos como Jámblico y Proclo– la teúrgia filosófica ni el culto popular: filosofía y tradición frente a la «audacia bárbara» cada vez más amenazadora. Después del tratado de Porfirio surgirán otras voces –igualmente silenciadas– que irán configurando el repertorio de argumentos anticristianos –de atribución siempre incierta– que los refutadores eclesiásticos nos proporcionan durante los siglos siguientes. Porfirio, sin embardo, será siempre –quizá por la solidez de su obra o por su propia entidad como filósofo– el enemigo por antonomasia.

Porfirio compone en quince libros su *Contra Christianos* durante su estancia en Sicilia, en torno al año 270. Los quince libros habrían sobresalido por la profundidad del pensamiento y la vasta erudición del autor. Sus años de formación con Longino en Atenas y Plotino en Roma, además de su propio origen semita, lo capacitaban singularmente para analizar los entresijos de la nueva religión no con erráticos argumentos externos, sino a

partir de un hondo conocimiento de las Escrituras hebreas y de la religión judía y desde la óptica filosófica del neoplatonismo contemporáneo.

De la importancia de este monumental tratado da fe el celo que pone la autoridad imperial a partir de Constantino en su desaparición. El propio Constantino, probablemente en el 332 y provechando la condena del arrianismo, lo destina al fuego, aunque las condenas posteriores de Teodosio II y Valentiniano III en el 448 demuestran que por esas fechas podrían circular aún copias del *Contra Christianos*. Por otro lado, surgen de inmediato las primeras refutaciones, que pretenden conjurar el peligro porfiriano. Las dos primeras, muy próximas a la redacción del tratado, son las de Metodio de Olimpo, obispo de Licinia y de Tiro, en diez mil líneas según Jerónimo, y la de Eusebio de Cesarea, mucho más elaborada, en veinticinco libros. El posible renacimiento de la obra de Profirio durante el reinado de Juliano, autor él mismo del tratado *Contra los galileos,* justificaría la composición de la última gran refutación de Porfirio, la de Apolinar de Laodicea, en treinta libros, posterior a su designación como obispo en el 361.

Porfirio habría compuesto su *Contra Christianos* en una fecha comprendida entre el 268 y 271. La obra de Porfirio habría que relacionarla, por lo tanto, con la política de Aureliano, que habría estado a punto de organizar una persecución anticristiana antes de su muerte en el 275.

SOBRE LA DIVINIDAD DE JESÚS

En este punto la «estrategia» de Porfirio consiste en revalorizar todo lo que de positivo se puede encontrar en la tradición judaica para poner de relieve la torpeza e irracionalidad de ciertas pretensiones cristianas. La tesis fundamental de los cristianos, según el cual Jesús es el *Logos* divino, el hijo de Dios, es una incoherencia inadmisible. Lo irracional de la doctrina cristiana consiste en haber identificado un individuo único, personal y corporal con el principio divino. Una afirmación así conlleva que se identifique a Dios mismo con algo pasivo e irracional, cosa inadmisible para un neoplatónico como era Porfirio. La doctrina de la encarnación del Verbo implica que lo divino –en sí mismo puro y santo– se vea sometido a cambio y, puesto que la condición de Dios está por encima de cualquier otra realidad, este cambio sólo puede entenderse como una disminución, lo cual es contradictorio e ilógico. Porfirio plantea la cuestión desde la perspectiva del

siguiente argumento de raíz estoica: «si el hijo de Dios es un logos, o bien éste es 'proferido' o bien es 'interior'; y si no es ninguna de las dos cosas, no es tampoco un logos». Para empezar, pues, Porfirio niega la naturaleza divina de Jesús.

Por otro lado, su juicio sobre éste como persona no está falto de severidad, e incluso dureza, en ciertos pasajes: su presencia en la fiesta de los Tabernáculos, en la que había anunciado previamente que no participaría, le valió la acusación de hombre «inconstante» y «cambiante», aunque otras veces está dispuesto a reconocer en él virtudes de un hombre superior. Pero, sobre todo, el polemista se muestra en contra de la representación que de Jesús hacen sus discípulos. En efecto, la distinción entre el Jesús histórico y el Cristo según la fe de los cristianos jugará un papel importante a la hora de argumentar en torno a temas importantes de la apologética cristiana, como es el de la resurrección, según veremos en el apartado siguiente.

Respecto al carácter heroico de la figura de Jesús, el tema de la Pasión es el mejor ejemplo de la contradicción de su identidad como Dios. Porfirio argumenta que un «varón sabio y divino» no puede «dejarse ultrajar como un hombre vulgar», y que en una situación tan humillante para un hombre singular como Jesús una actuación comparable a la del célebre Apolonio de Tiana hubiera sido, cuando menos, la esperada. La imagen dolorosa y humillada de Jesús le parece mediocre y desproporcionada respecto a la esperable en un «hombre divino», víctima de la fatalidad, pero con prestigio, y sublime incluso en la hora de la calamidad. De ahí que critique la aparición post mortem de Jesús ante una pobre mujer como María Magdalena en lugar de hacerlo ante Pilatos o Herodes o que critique una ascensión que podía haber realizado ante todos, como corresponde a un hombre divino.

De la misma manera le parece inaceptable el asunto de la «encarnación» ¿Cómo es que Cristo ha llegado a revelarse tan tarde para los hombres, dejando privada durante tantos siglos a la humanidad de su bondad? ¿Por qué ha permitido que se pierdan tantas almas? Y, por supuesto, ¿cómo conjugar con una naturaleza divina, «impasible», la de ese «Hijo de Dios» que muere en una cruz?

FRAGMENTOS

ANASTASIO SINAÍTA

Sin embargo, como afirma el nuevo Bataneota[1], si Jesús pretendía que se le creyera un hombre sobrehumano, ¿por qué no congregó más bien en Sion a judíos y helenos de todos los pueblos, como hizo en Pentecostés, y así, a la vista de todos, descender del cielo como hombre tal como habrá de descender en su segunda venida[2]?

ARETAS DE CESAREA

«Para empezar, ¿cómo podía quitar el pecado el Verbo de Dios[3] si Él fue para muchos motivo de parricidio y, para otros muchos, de infanticidio[4], cuando los hombres se vieron forzados o bien a apoyar las tradiciones paternas y a atenerse a la religión heredada desde el principio o bien a adherirse a esta innovación...?». Luego no es comparable Moisés a nuestro Salvador, sino que ni estuvo cerca de sus promesas de mejoras ni Jesús vino a quitar los pecados, según dices, sino que al final los hizo proliferar[5].

AGUSTÍN

Indagan cuál de las dos resurrecciones es la que se corresponde con la resurrección prometida, si la de Cristo o la de Lázaro. «Si es la de Cristo, dicen ¿cómo puede corresponder ésta con la resurrección de los nacidos de la carne, Si Él nació sin esa condición de la carne? Si se afirma, en cambio, que la que se corresponde es la de Lázaro, tampoco ésta parece adecuada, puesto que la resurrección de Lázaro se produjo desde un cuerpo que aún no estaba en descomposición y que era identificable como el de Lázaro,

---

[1] Según Harnack, Juliano de Halicarnaso, el monosofista, calificado aquí de un «nuevo Porfirio». Para el apelativo «bataneota». Ef. Fr. 39.

[2] Act. Ap. 2.1ss.

[3] Ev. Juan. 1.29.

[4] Ev. Mat. 10.21.

[5] Ep. Rom. 5.20.

mientras que la nuestra sucederá muchos siglos después y desde un cuerpo indefinido. Además, si después de la resurrección nuestro estado tendrá que ser de bienaventuranza, sin injuria de cuerpo, sin necesidad de hambre, ¿qué quiere decir que Cristo comiese y mostrase sus heridas? Si lo hizo a causa de un incrédulo, fingió; pero si lo que enseñó era verdadero, en la futura redención habrá heridas».

Plantearon también otras cuestiones significativas de la polémica anticristiana de Porfirio, seleccionadas por su mayor solidez: «Si Cristo, dicen, se proclama «camino de salvación», «gracia» y «verdad», y para las almas que creen en Él sitúa en sí mismo el camino de retorno[6], ¿cómo se las arreglaron los hombres de tantos siglos antes de Cristo? Dejando de lado, dice, los tiempos anteriores al reino del Lacio, admitamos que del mismo Lacio arranca, por así decirlo, el origen del género humano[7]. En el mismo Lacio, antes de Alba, ya se honraba a los dioses. Y en Alba, del mismo modo, estuvieron vigentes las prácticas religiosas y los ritos en los templos. No fueron menos los siglos, más bien un buen número de ellos, en los que la misma Roma vivió sin ley cristiana. ¿Qué fue, dice, de tantísimas almas carentes de toda culpa si precisamente aquel en quien habían de creer no le había ofrecido aún a los hombres su venida? También el mundo entero, con la misma Roma, coincidió en los ritos de los templos. ¿Por qué, dice, quien se llamó «salvador» se mantuvo apartado durante tantos siglos? Y que no digan, afirma, que la antigua ley de los judíos se ocupó del género humano: la ley de los judíos apareció mucho tiempo después y estuvo en vigor en la exigua región de Siria, para pasar también después, es cierto, al territorio de Italia, pero con posterioridad a Cayo César o por lo menos bajo su reinado. ¿Qué fue, por lo tanto, de las almas romanas y latinas que se vieron privadas de la gracia de Cristo, que aún no había venido, hasta el tiempo de los Césares?».

Denuncian, dice (Porfirio), los ritos sagrados, las víctimas, el incienso y todas las prácticas culturales de los templos, cuando este culto se originó por ellos mismos o por el Dios al que adoran, desde los primeros tiempos, cuando se supone que Dios necesitaba de primicias.

---

[6] Ev. Juan. 14.6

[7] Wilamowitz ve en esta alusión occidental un rasgo poco porfiriano y, por lo tanto, una interpolación.

Veamos ya qué es lo que propuso sobre la medida del pecado y del castigo tergiversando de este modo el Evangelio: «Cristo amenaza –dice– con suplicios eternos a los que no creen en Él, mas afirma en otro lugar que "con la medida con la que midiereis, seréis medidos"[8]. Ello, dice, resulta bastante contradictorio y ridículo, pues si se ha de dar la pena según la medida y toda medida está circunscrita en un límite de tiempo, ¿qué sentido tiene las amenazas de un suplicio eterno?».

Después de esta cuestión, el que, tomándolas de Porfirio, las había planteado, añadió lo siguiente. «Sin duda tampoco te importará informarme, dijo, si en verdad Salomón afirmó que "Dios no tiene Hijo"»[9].

La última cuestión propuesta es sobre Jonás, y casi no parece tomada de Porfirio sino de una burla pagana. Así es, en efecto, como se plantea: «Entonces, ¿qué debemos pensar de Jonás», dice, «de quien se dice que pasó tres días en el vientre de una ballena?[10] Pues es apithanon[11] e increíble que un hombre fuese devorado vestido y permaneciese en las entrañas de un pez; pero si se trata de una alegoría, dígnate explicarlo. Por otro lado, ¿qué quiere decir que sobre el vómito de Jonás nació una calabaza? ¿Qué motivo hay para que ésta naciese?». Me he dado cuenta de que este tipo de cuestiones hace reír a carcajadas a los paganos[12].

«Hay espíritus terrenales del más bajo orden, que en cierto terreno están sujetos al poder de los demonios malignos. De ellos derivaron los sabios de los hebreos, de los cuales Jesús también era uno;» como habéis oído afirmar a los oráculos divinos de Apolo antes mencionados. «De estos peores demonios y de los espíritus menores de los hebreos, apartaron los oráculos a las personas religiosas y les prohíben prestarles atención, y les enseñan más bien a adorar a los dioses celestiales, y especialmente al padre de los dioses.

---

[8] Ev. Mat. 7.2., Ev. Luc. 6.38.
[9] Ec. 4.8
[10] Ev. Juan. 2.1
[11] En griego en el texto de Agustín: «no convincente».
[12] Cf. Hier. In Ion. 2.1 «Y no ignoro que habrá algunos a los que les parezca increíble que un hombre pudiera sobrevivir durante tres días y tres noches en el vientre de una ballena en el que se digerían los naufragios. Pues bien, esos serán creyentes o no creyentes...». «Pero sin embargo, si esto que se cuenta sobre Jonás se dijese de Apuleyo de Madaura o de Apolonio de Tiana... si algo así se contase sobre estos a los que llaman elogiosamente "magos" y "filósofos", ya no reventaría de risa su boca, sino de orgullo. ¡Que se rían, pues, de nuestras Escrituras! ¡Que se rían todo lo que puedan!».

Y ya hemos mostrado cómo los dioses nos prescriben a mirar a la Divinidad, y en todas partes nos ordenan adorarla. Pero los ignorantes e impíos, a quienes el destino no les ha concedido obtener favores de los dioses, ni tener un conocimiento de Júpiter Inmortal, al no escuchar a los dioses ni a los hombres divinos, rechazaron de hecho a todos los dioses, y están tan lejos de odiar a los demonios prohibidos, que incluso eligen venerarlos. Pero fingiendo que adoran a Dios, no realizan aquellas cosas a través de las cuales solo Dios es adorado. Porque Dios, en verdad, como padre de todas las cosas, no carece de nada; pero está con nosotros cuando lo adoramos por medio de la justicia, la continencia y las demás virtudes, haciendo de nuestra vida una oración a Él por medio de la imitación y la investigación de su naturaleza. Porque la investigación purifica, y la imitación deifica al acercarnos a la divinidad».

DÍDIMO EL CIEGO

Algunos imaginan, entre los que se hallan Porfirio y similares, que si todo es posible para la divinidad, también lo es el mentir, y si todo es posible para el fiel, también puede hacer una cama y hacer un hombre.

Porfirio, en efecto, queriendo acusarnos de que, en lugar de adaptarnos a la literalidad, forzamos los sentidos y las alegorías, alude al pasaje homérico de Aquiles y Héctor y lo alegoriza en el sentido de que son Cristo y el diablo, y lo que nosotros decíamos respecto al diablo, él lo dice respecto a Héctor, y lo que decíamos respecto a Cristo, él lo dice respecto a Aquiles. Incluso se sirve para ello de las siguientes palabras: «Antes de la victoria de Aquiles, Héctor se pavoneaba ante todos y se consideraba más poderosos que todos los demás. Pero ello lo hacía calumniar». Así pone término a lo del sentido.

No es propio de cualquiera decir esto, sino del oído que recibe ayuda de la divinidad. Teniendo esto en mente el Salvador decía: «el que tenga oídos que oiga»[13]. No todos tenían los oídos prestos a las palabras veladas de Jesús que escuchaban, las palabras que se expresaban por medio de parábolas. Esta es la razón por la que perdió la cabeza Porfirio también en este punto. «Dios, en nuestros oídos oímos».

---

[13] Ev. Mat. 11.15; 13.43; Ev.Luc. 8.8

DIODORO DE TARSO

Si se destruye lo que viene de Dios, ¿de quién es la maldad que origina esta destrucción, del creador, de lo creado o de algo exterior que le es contrario al creador? Sea cual sea nuestra postura, es evidente que la maldad es del creador, pues si conviene destruir lo creado por una maldad que le es connatural, el culpable es el creador, porque lo creó de tal manera que dejó en ello algo malo, y si existe algo externo que le es contrario al creador, también se debe a la maldad del que lo ha creado, por su incapacidad de dominar a sus contrarios. Y si la maldad procede del creador, es evidente que él mismo es el mal. Si es preciso, dice, que los difuntos resuciten incólumes, en el caso de que un hombre muriese en el mar y se alimentasen de él los peces para después, a través de los peces, alimentarse de él otros hombres, ¿cómo recobraría ese hombre su carne, que habría sido nuevamente consumida para formar parte de otros hombres? O bien será necesario que éste resucite sin la carne que comieron los otros hombres a través de los peces, como a menudo se ha dicho, o bien que aquellos otros, al reclamársele partes de su propia carne, se desprendan de ellas y se mutilen para completar lo que les falta a los que les sirvieron inicuamente de alimento[14].

¿Cómo es que los paganos llaman «cronios» a los judíos y afirman que Moisés les transmitió los misterios de Crono, la circuncisión y el sábado?

EPIFANIO

Por ello también algunos otros de los filósofos griegos, como Porfirio, Celso y Filosabacio, éste último de origen judío, serpiente terrible y engañadora, en su intento de refutar la doctrina evangélica, lanzan acusaciones contra los santos evangelistas, ellos que son hombres psíquicos y carnales, que militan al servicio de la carne, pues cada uno, al toparse con las palabras de la verdad, a causa de su propia ceguera e ignorancia, a la hora de hablar de este punto concreto, decían: «¿Cómo es posible que el

[14] Este fragmento recoge una argumentación semejante a la del fr. 102, en relación con los problemas inherentes a la resurrección de la carne. El hecho de que determinados pasajes de la *Ciudad de Dios* de Agustín aborden por extenso esta cuestión llevó a J. Pépin a defender la incorporación de los pasajes agustinianos en el *corpus* del *Contra Christianos*.

nacimiento en Belén, la circuncisión al octavo día, el viaje a Jerusalén después de la cuarentena, y los episodios de Simeón y Ana tengan lugar el mismo día, si es verdad que en la noche del nacimiento, dicen, se le apareció un ángel, después de la partida de los magos que habían venido a adorarlo, le abrieron sus morrales y, según dicen les ofrecieron sus dones[15]? Él[16] dice que apareció un ángel que decía... Si, pues, en la misma noche en que nació, fue llevado a Egipto y allí permaneció hasta que murió Herodes[17], ¿de dónde sale su permanencia allí y su circuncisión al octavo día? ¿Cómo es que Lucas, con mentiras, manifiesta lo que sucedió después de la cuarentena, según afirman blasfemando sobre su persona, pues dice...?».

EUSEBIO DE CESAREA

En primer lugar, alguien se podría cuestionar con razón quienes somos los que nos hemos puesto a escribir, si griegos o bárbaros, o bien un término medio entre ambos, quiénes decimos que somos nosotros mismos, no en cuanto a la denominación, pues es conocida por todos, sino en cuanto a la costumbre y forma de vida; pues ni se nos ve pensar como los griegos ni vivir como los bárbaros. ¿Qué hay de especial en nosotros y qué hay de nuevo en nuestro modo de vida? ¿Cómo no podrían ser en todos los aspectos impíos y ateos los que han renegado de los dioses patrios, gracias a los cuales se aseguraba la cohesión de todo el pueblo y del Estado? ¿Qué se puede esperar de aquellos que se han convertido en adversarios y enemigos de lo que era saludable y han rechazado a los bienhechores? ¿Qué otra cosa, pues, son ellos más que adversarios de los dioses? ¿Qué perdón merecen los que se han revuelto contra las divinidades que desde siempre todos reconocen, griegos y bárbaros, en las ciudades y los campos, en toda clase de cultos, iniciaciones y misterios, por parte de reyes, legisladores o filósofos, y, en cambio, han elegido del patrimonio humano prácticas impías y ateas? ¿A qué castigo no sería justo entregar a los que han desertado de las tradiciones de los antepasados; para convertirse en defensores de leyendas extranjeras y judías, universalmente desacreditadas? ¿Cómo no es una perversidad y volubilidad extremas abandonar sin dificultad las instituciones patrias y

[15] Ev. Mat. 2.13
[16] Mateo.
[17]Ev. Luc. 2.39

adoptar, con una fe irracional y no sometida a examen, la facción de los impíos y de los enemigos de todas las naciones, sin confiar en el mismo dios que es honrado entre los judíos según las tradiciones al uso entre ellos y trazan un sendero nuevo y solitario, que no respeta ni las tradiciones de los griegos ni de los judíos? Estas son las cuestiones que nos podría plantear con razón un griego que no tuviera verdadero conocimiento ni de sus creencias ni de las nuestras.

Menciona estos hechos el que ha conspirado en nuestros días contra nosotros en el cuarto libro del tratado que nos dedica, y da testimonio de este hombre[18] con estas palabras: «El que ofrece una información más fiel de los asuntos judíos, pues es la que mejor concuerda con los lugares y los nombres de las personas, es Sancuniatón de Bérito, que se había hecho con los tratados de Jerómbalo, sacerdote del dios Yevó. Éste, que había dedicado su historia a Abíbalo, rey de los beritios, había sido aceptado por aquél y por los investigadores de la verdad en su tiempo. La época de estos hombres se remonta más allá de los tiempos de Troya y casi se acerca a los de Moisés, como lo muestran las listas de los reyes de Fenicia. Sancuniatón, que recopiló y redactó en dialecto fenicio con amor a la verdad toda la historia antigua a partir de los anales de la ciudad y los registros de los templos, vivió en tiempos de Semíramis, reina de los asirios, de la que consta que vivió antes de los hechos de la *Ilíada* o al menos en aquellos tiempos. Las obras de Sancuniatón las tradujo a la lengua griega Filón de Biblos»[19].

Pero con respecto al hecho de que los démones malvados ya no tienen ningún poder para prevalecer desde el advenimiento de nuestro Salvador entre los hombres, el mismo autor que es el abogado de los démones en nuestro tiempo, en su compilación contra nosotros, da testimonio hablando de la siguiente manera: «Ahora se sorprenden de que durante tantos años la enfermedad se apodere de la ciudad[20], cuando ni Asclepio ni los demás dioses residen ya en ella. Porque desde que Jesús comenzó a ser honrado, nadie obtiene ya ningún beneficio público de los dioses».

He aquí lo que se dice en el libro de Sancuniatón, traducido por Filón de Biblos, y cuya autenticidad nos es garantizada por el testimonio del filósofo

[18] Filón de Biblos.
[19] Cf. el. PE X 3.11.; Thdt. Affect. II 44ss.
[20] Harnack sugiere que puede tratarse de una referencia a Roma.

Porfirio[21]. En el tratado *sobre los judíos* escribe, además, sobre Crono lo siguiente: «Táautos, al que los egipcios llaman Theuth, sobresaliente en sabiduría entre los fenicios, fue el primero que fijó las normas de la piedad religiosa haciéndola pasar del estado de inexperiencia del vulgo a la experiencia fundamentada. Siguiendo sus huellas, varias generaciones después, el dios Sourmoubelós y Thouró, llamado también Chousarthis, ilumina la teología de Táautos que había permanecido oculta y obscurecida por las alegorías».

Y un poco más adelante dice:

Era costumbre entre los antiguos, en el caso de graves peligros, para evitar el aniquilamiento de todos, ofrecer al sacrificio lo más querido de sus hijos como tributo para las divinidades vengadoras. Los que eran ofrecidos eran degollados en ceremonias mistéricas. Ahora bien, Crono, al que los fenicios llaman El, que era rey de un país y que fue divinizado tras el fin de su vida identificándose con el astro de Crono, tenía un hijo único nacido de una ninfa del lugar llamada Anobret (este hijo por esta razón era llamado Ieoud, pues así incluso todavía ahora llaman entre los fenicios al hijo único), como, a consecuencias de una guerra, graves peligros amenazaban al país, él atavió a su hijo con ornamentos reales y, habiendo preparado el altar, lo sacrificó.

Táautos mismo ha divinizado la naturaleza del dragón y de las serpientes y, tras él, fenicios y egipcios. De todos los reptiles, en efecto, él lo presenta como el animal que tiene mayor soplo vital e ígneo; se da en él una rapidez insuperable a causa de su soplo, aparte de pies, manos o cualquier otro medio externo, por medio de los cuales los restantes animales realizan sus movimientos. Lleva a cabo formas de figuras variadas y, en su avance, sus movimientos adoptan forma de una espiral para alcanzar la rapidez que

---

[21] Cf. P. Nautin (1950) 409-416. Los fragmentos atribuidos por Nautin no son inexorablemente del Contra Christianos de Porfirio. Hasta Nautin K. Mras (RE) y Jacoby (FGH III C² 790s.) incluyen estos textos dentro del corpus de Filón de Biblos. Igual hacen M.J. Lagrange. Mas es Nautin quien en este artículo de 1950 lo atribuye a Porfirio. De todas formas, cuando el texto dice que estos pasajes estaban en «el tratado *sobre los judíos»,* Nautin entiende «en la sección sobre los judíos». En el primer caso no olvidemos que Filón si tenía una obra con tal título, mientras que Porfirio no. Los argumentos de Nautin están bien organizados y estructurados, pero no son completamente convincentes. No hay, pensamos, por qué integrar concretamente estos textos en el *Contra Christianos* y no en otra obra de Porfirio.

desea. Y es muy longeva y no sólo con su muda rejuvenece, sino que tiene el don de hacerse de tamaño mayor. Y cuando alcanza su medida determinada, se consume finalmente, como Táautos mismo lo ha consignado en sus escritos sagrados. Esta es la razón por la que en las ceremonias culturales y en los misterios este animal tiene su participación. Por nosotros se ha hablado más extensamente de este tema en nuestra obra titulada *<Sobre> las cosas de Thoth*, en la que se demuestra que es inmortal y se disuelve en sí mismo; pues este animal no perece de muerte natural sino sólo víctima de alguna violencia. Los fenicios lo llaman «Buen Demon». Y de forma similar los egipcios le dan el nombre de Kneph. Y le añaden una cabeza de halcón, a causa de la actividad de esta ave. Y dice en forma alegórica Epeeis (así se llama entre ellos el más eminente hierofante e intérprete en sagradas escrituras, al que ha traducido Areios de Heracleópolis). «El primer ser que fue especialmente divino es la serpiente con forma de halcón, sumamente grato. Éste, si abría los ojos, llenaba todo de luz en la región primera creada suya, y si los cerraba, se hacía la oscuridad».

Los calumniadores afirman que no podemos demostrar nada por medio de la argumentación y que nos parece adecuado que nuestros seguidores se atengan sólo a la fe, y que éstos no se convencen más que a sí mismos, como criaturas irracionales, de que, cerrando los ojos con resolución y coraje, hay que seguir sin cuestionamientos lo que nosotros decimos. De ahí que se ganen el nombre de «fieles», por su fe irracional.

Por tanto, aquellos que rechazan someter sus opiniones a la buena nueva y consignan para la eternidad calumnias que en realidad se resuelven contra ellos mismos, ... ¿cómo podrían con justicia reconocer que las pruebas claras y evidentes no derivan del egoísmo total y de la falacia, sino que provienen de una disposición amante de la verdad? Mas los que creen que éstos[22] se han entregado a la inventiva y al engaño y les acusan de blasfemar como charlatanes ¿cómo no podrían resultar ridículos, siendo ellos, por una parte, amigos de la envidia y la maledicencia, y, por otra, enemigos de la verdad misma? Aquellos hombres tan sencillos que han mostrado en sus obras un carácter en verdad sincero e íntegro, son imaginados como terribles sofistas, que han plasmado lo que no es y por medio de palabras adecuadas atribuyen

---

[22] Los evangelistas.

con cierta gracia la propio Maestro cosas no hechas por El... ¿Y qué? Los que calumnian al Maestro y transmiten en sus escritos cosas que no han sucedido, ¿acaso también mintieron sobre su pasión?... En efecto, si realmente tuvieron ellos el propósito de inventar y adornan al Maestro con falsos discursos, no habría podido jamás poner por escrito lo expresado anteriormente.

Si alguno dijera que esto[23] se cumplió en tiempos de Antíoco Epífanes, que piense si es capaz de hacer remontar el resto de la profecía a los tiempos de Antíoco Epífanes: que el pueblo sufriera cautiverio y que el Señor posara sus pies sobre el Monte de los Olivos y si «el nombre del Señor circuló por toda la tierra y por el desierto» cuando Antíoco gobernaba Siria.

Verdaderamente Porfirio, célebre entre los paganos por su impiedad, afirma en el libro IV de la obra que compuso –esfuerzo vano– contra nosotros que Semíramis fue posterior a Moisés y que reinó entre los asirios ciento cincuenta años antes que Ínaco. Así que, según él, nos encontramos con que Moisés es unos ochocientos cincuenta años anterior a la Guerra de Troya. (Cf. G. Síncelo, *Ecloga cronographica*[24]: «Aquel célebre varón de entre los filósofos griegos que conspiró contra nosotros, afirma en el libro cuarto del tratado que en vano compuso contra nosotros que Moisés es anterior a los tiempos de Semíramis, y que Semíramis reinó sobre los asirios ciento cincuenta años antes, de modo que, según aquél, Moisés es ochocientos cincuenta años anterior de los sucesos de Troya».)

(Escríbaseles que se abstengan de la contaminación con los ídolos, de la fornicación y cuanto no quieran que les suceda a otros[25]): El célebre Ireneo en el libro tercero de *Sobre las herejías* y en otros escritos referentes a los apóstoles así refiere la cita; y el gran Eusebio, el discípulo de Pánfilo, en los libros VI y VII contra Porfirio refiere que éste último trae a colación esta cita con el fin de calumniar[26].

---

[23] La profecía de Zacarías: Za. 14.

[24] Jorge el Síncelo, esto es, el «Secretario». Fue secretario del patriarca Tarasio (784-806) y escribió una *Crónica* que comienza con Adán hasta Diocleciano. Entre sus fuentes está Eusebio de Cesarea y constituye de hecho, junto con la versión latina de Jerónimo, una de las principales fuentes para reconstruir la obra eusebiana. Cf. A.A. Mosshammer, *The Chronicle of Eusebius and Greek Chronographic Tradition, Lewisburg, 1979, p. 30.*

[25] Act.Ap. 15.20.

[26] Porfirio afirmaba que este versículo era un plagio de Lucas.

Mas, ¿qué necesidad hay de decir esto[27] cuando aún en nuestros días Porfirio, tras establecerse en Sicilia, ha comenzado a redactar unos escritos contra nosotros e intenta calumniar las Sagradas Escrituras, y al citar a los que las comentaron, dado que no puede lanzar reproche alguno contra sus doctrinas, ante la falta de argumentos opta por insultar y calumniar a los comentaristas, entre ellos particularmente a Orígenes? A éste, al que dice haber conocido en su juventud, intenta calumniarlo, pero lo que hacía era recomendarlo sin darse cuenta, diciendo la verdad en aquellos asuntos en los que no podía decir otra cosa y mintiendo en los que creía que pasaba inadvertido, a veces acusándolo en calidad de cristiano, a veces reseña su contribución a las materias filosóficas. Oye, pues, lo que dice exactamente:

«Algunos, deseando hallar una solución a la depravación de las escrituras judías, pero sin abjurar de ellas, se inclinaron por exégesis incompatibles e inadecuadas para con lo escrito que, más que justificar sus aspectos chocantes, pretenden la aceptación y la alabanza de sí mismas. Y, en efecto, pregonando que eran enigmas lo dicho por Moisés con toda claridad e invocándolo como oráculos llenos de misterios secretos, llevan a cabo sus exégesis una vez hechizado con su orgullo el sentido crítico del alma».

A continuación, después de otras cosas, dice:

«Esta actitud insólita procede de un hombre con el que también yo coincidí cuando era aún joven, de gran reputación por entonces y reputado aún por los escritos que nos ha dejado, Orígenes, cuya fama está muy extendida entre los maestros de estas doctrinas. Siendo, en efecto, discípulo de Amonio, que en nuestro tiempo fue el que realizó una mayor aportación a la filosofía, obtuvo un gran provecho de su maestro en el ejercicio de la teoría, pero en la recta elección de un género de vida siguió por el camino opuesto al de aquél, pues Amonio, que como cristiano había sido educado por sus padres en el cristianismo, cuando tuvo contacto con el pensamiento filosófico, se cambió al género de vida conforme a las leyes, mientras que Orígenes, que como heleno se había educado en las letras helenas, vino a dar en la audacia bárbara. Entregándose a ella traficó consigo mismo y con su talento intelectual, pues en su día a día vivía como un cristiano al margen de las leyes, mientras que en sus opiniones sobre las cosas y sobre los dioses helenizaba e introducía las doctrinas helenas en los mitos extranjeros.

[27] El elogio de Orígenes que precede inmediatamente.

Siempre convivía, en efecto, con Platón y frecuentaba los escritos de Numenio, de Cronio, de Apolófanes, de Longino, de Moderato, De Nicómaco y de los hombres célebres entre los pitagóricos, y recurría también a los libros de Queremón el estoico y de Cornuto, en los que conoció el método metaléptico de los misterios de los griegos para aplicarlos a las escrituras judías.»

Esto es lo dicho por Porfirio en el tercer libro de su escrito contra los cristianos, con pleno acierto en lo que se refiere al género de vida y a la erudición de este hombre, y mintiendo abiertamente —¿cómo no iba a hacerlo el enemigo de los cristianos?— cuando dice que aquél se convirtió de las doctrinas helenas y que Amonio vino a caer de una vida piadosa en la práctica del paganismo... Quede así expuesto para desterrar la calumnia de este mentiroso[28].

JERÓNIMO

(Salm. I.XXVII 72-76) «Abriré con parábolas mi boca, anunciaré lo que estaba oculto desde el principio»[29]. Esto no lo dice Isaías, sino Asaf. Y finalmente aquel impío de Porfirio lo utiliza contra nosotros y dice: «Vuestro Evangelista Mateo era tan ignorante que decía 'lo que está escrito en el profeta Isaías: Abriré con parábolas mi boca[30]'».

(Salm. I.XXXI 223.233) Ha sometido todo el mundo[31] desde el Océano hasta el Mar Rojo. Quizás alguien pueda decir: «Todo esto lo hicieron por interés». Porfirio, en efecto, dice lo siguiente: «Gente ruda y pobre, pues no poseían nada, por medio de artes mágicas han realizado algunos milagros. Mas no es algo excepcional hacer milagros, pues también hicieron milagros los magos de Egipto contra Moisés. Los hizo también Apolonio y los hizo también Apuleyo[32]: también hicieron infinidad de milagros». Te lo concedo,

---

[28] Jerónimo también desmiente a Porfirio en *De viris inlustribus* 55: «Porfirio acusa falsamente a Amonio de dejar el cristianismo y hacerse pagano aunque consta que perseveró como cristiano hasta el final de su vida».

[29] Ev. Mat. 13.35. Ps. 78.2.

[30] Se trata efectivamente de una atribución errónea de Mateo en el pasaje citado.

[31] Harnack sigue la lectura de Morin (subeigit Paulus...) «Pablo ha sometido...» Cf. Anécdota Maredsolana III, p. 80.

[32] Lact. Inst. V 3.

Porfirio, ellos llevaron a cabo milagros por medio de magia, con el fin de acaparar riquezas de mujeres ricas que habían caído en sus redes. Esto es lo que tú dices. Mas ¿por qué han muerto? ¿Por qué han sido crucificados?

(Is. II 3) Luego cuidemos también nosotros de no convertirnos en recaudadores del pueblo; no vayan a ser nuestro senado, como dice el impío Porfirio, las matronas y las mujeres, que son las que mandan en las iglesias y cuyo favor es el que decide sobre la dignidad sacerdotal.

(Is. II 3) Quienes, por satisfacer al blasfemo Porfirio, dicen que la tensión formal entre Pedro y Pablo fue un litigio y una discordia...[33]

(Dan. I 1.1) Ésta es la razón por la que en el Evangelio según Mateo parece existir una única generación[34], puesto que la segunda de las catorce generaciones[35] acaba en Joaquín, hijo de Josías, y la tercera comienza con Yoyaquín, hijo de Joaquín. Ignorando esto, Porfirio construye su calumnia contra la Iglesia, exhibiendo su propia incompetencia al empeñarse en acusar de falsedad al evangelista Mateo.

(Dan. Prolog. 1-32) Porfirio escribió el libro XII contra el profeta Daniel pretendiendo que la obra que lleva su nombre no había sido escrita en realidad por él, sino por alguien, de nombre Epífanes, que vivió en Judea en los tiempos de Antíoco, de modo que más que contar Daniel el futuro, habría narrado aquél el pasado. En definitiva, lo narrado hasta el tiempo de Antíoco contiene historia verdadera; en cambio, lo que conjetura más allá de ese límite, dado que desconoce el futuro, es mentira. A éste le respondieron con gran diligencia el Obispo de Cesarea en tres volúmenes (el XVII, el XIX y el XX), y antes de éstos Metodio, aunque parcialmente. Pero puesto que es nuestra intención no responder a las calumnias de nuestro adversario, lo que requiere extenderse ampliamente... Porfirio, al haber visto que esto[36] se

---

[33] Cf. fr. 79.

[34] Mateo distribuye los antepasados de Cristo en tres series de catorce generaciones, pero comete un error de cálculo que Porfirio detectó: en la tercera (de Jeconías a José). Jerónimo acusa al neoplatónico de incompetencia, dado que el «Jeconías» de Ev. Mat. 1.11-12 ha de computarse por dos, pues recoge los hebreos «Joaquín» (Ioachim) el «Joaquín» de Daniel 1.1-, y Ioiachin, que sería su hijo. A esta misma objeción porfiriana se refiere el fragmento procedente de Pacato, aunque ofrece una solución diferente: cf. fr. 109 (Ev. Mat. 1.11).

[35] Serie de catorce generaciones. Se trata de las tres series en las que viene dividida, a partir de Abraham, la generación de Jesús. Mateo, en el pasaje citado.

[36] Las profecías de Daniel.

cumplía plenamente y que no podía negar que había ocurrido, vencido por la verdad histórica vino a caer en la calumnia de pretender que lo que se dice que va a suceder con el Anticristo en la consumación del mundo, por la similitud de ciertas actuaciones, se cumplió bajo el mandato de Antíoco. Esta tesis queda refuta por el testimonio de la verdad. Tan grande es, en efecto, la fidelidad con que se cumplen sus palabras que a los incrédulos les parece que el profeta no ha contado el futuro, sino que ha narrado el pasado. No obstante, si durante la explicación de esta misma obra se ofrece la ocasión, intentaré responder con rigor a la calumnia de aquél y a las artes de la filosofía, o mejor, a la malicia pagana con la que intenta tergiversar la verdad y, con ciertos artificios, apartar la clara luz de los ojos y oponerse a una explicación sencilla.

(Dan. Prolog. 45-66) Y debemos saber entre otras cosas que Porfirio nos lanza esta objeción sobre el libro de Daniel: que parece ser una falsificación y que no existe entre los hebreos, sino que habría sido una obra compuesta en lengua griega, pues en la historia de Susana cuando Daniel se dirige a los ancianos σχίσαι con σχίνου y πρίσαι con πρίνου, etimología que se ajusta más a la lengua griega que a la hebrea. A él le respondieron Eusebio y Apolinar en la misma línea en el sentido de que las historias de Susana y de Bel y de la serpiente no se conservan en lengua hebrea, sino que forman parte de la profecía de Abacuc, hijo de Jesús, de la tribu de Leví... Orígenes, Eusebio, Apolinar y otros varones de la Iglesia y doctores de Grecia reconocen que estas visiones, como he dicho, no existen entre los hebreos y que no hay que responder a Porfirio de aquello que no añade autoridad alguna a la Sagrada Escritura.

(Dan. Prolog. 86-93) Para comprender la parte final de Daniel es necesaria la vasta historiografía de los griegos: Sutorio (naturalmente Calínico), Diodoro, Jerónimo, Polibio, Posidonio, Claudio Teón y Andrónico, de sobrenombre Alipio, a los que también Porfirio dice haber seguido; y también a Josefo y aquellos a los que cita, particularmente a nuestro Livio, a Pompeyo Trogo y a Justino, todos los cuales narran la historia correspondiente a la última visión.

(Dan. I 2.31-35) «Se convirtió en una gran montaña y llenó toda la tierra»[37]. Los judíos y el impío Porfirio identifican erróneamente esto con el

[37] Da. I 2.35.

pueblo de Israel, el cual pretenden que al final de los tiempos será muy poderoso y que destruirá todos los reinos y reinará eternamente.

(Da. I 2.46.) Porfirio critica este pasaje arguyendo que un rey tan soberbio jamás se postraría ante un cautivo.

(Dan. I 2.48.) Y en este punto el calumniador de la Iglesia se empeña en reprender al profeta por no haber rechazado los obsequios y haber aceptado de buen grado los honores de los babilonios.

(Da. I 3.98.) La carta de Nabucodonosor queda recogida en la obra del profeta a fin de que no se crea en el futuro que ha sido compuesta por otro, según la mentira del sicofanta Porfirio, sino por el propio Daniel.

(Dan. II 5.10) «La Reina». Josefo escribe que se trata de la abuela de Baltasar; Orígenes, de su madre: de ahí que conociera el pasado, que el rey desconocía. ¡Que se espabile Porfirio, que desvaría al decir que era la esposa de Baltasar y se burla de que sepa más que su marido!

(Dan. II 7.7b) Porfirio asignó las dos últimas bestias, la de los macedonios y la de los romanos, al único reino de los macedonios y las dividió de la siguiente manera. Afirmó que la «pantera» era el propio Alejandro, y que la bestia que era diferente a las otras representaba a los cuatro sucesores de Alejandro, y luego enumera diez reyes hasta la época de Antíoco, de sobrenombre Epífanes, y que eran muy crueles. Y no asignó a los reyes mismos a reinos separados, por ejemplo, Macedonia, Siria, Asia o Egipto, sino que hizo de los distintos reinos un único reino que consistía en una única serie. Esto lo hizo, por supuesto, para que las palabras que se escribieron: «una boca que profería cosas horribles»[38], se crea referido no al Anticristo, sino a Antíoco.

(Dan. II 7.7c-14b) En vano sospecha Porfirio que el cuerno pequeño, que despuntó después de los diez cuernos, es Antíoco Epífanes, y que, de estos diez, los tres cuernos arrancados representan a Ptolomeo VI, de sobrenombre «Filópator», a Ptolomeo VII Evergetes y a Artaxias, el rey de Armenia, los primeros de los cuales habían muerto mucho antes del nacimiento de Antíoco. Que responda Porfirio a qué hombre le puede corresponder o quién es ese tan poderoso como para quebrar y pulverizar el cuerno pequeño, que él interpreta como Antíoco. Si respondiese que los generales de Antíoco fueron derrotados por Judas Macabeo, debe explicar cómo va a venir con

[38] Da. 7.8.

las nubes del cielo como el Hijo del Hombre, y que fue traído al Anciano de los días, y cómo se puede decir que se le otorgó autoridad y poder real, y que todos los pueblos y tribus y grupos lingüísticos le sirvieron, y que su poder es eterno y no termina por ninguna conclusión.

(Dan. III 9.1) Éste es el Darío que junto con Ciro había derrotado a caldeos y babilonios. No vamos a creer que se trata de aquel Darío en cuyo segundo año se edificó el templo –lo que supone Porfirio para retrasar los años de Daniel– o de aquel que fue derrotado por Alejandro, el rey de los macedonios.

(Dan. III 11.20) Porfirio no cree que éste sea Seleuco[39], sino Ptolomeo Epífanes, que había tramado contra Seleuco y había preparado un ejército contra él, y que por ello había muerto envenenado por sus propios generales; y que al preguntarle uno de ellos de dónde obtenía recursos para emprender empresas tan enormes, respondió que su riqueza eran sus amigos. Cuando esto se difundió entre el pueblo, los generales tuvieron miedo de perder sus posesiones y lo asesinaron por ello con artes maléficas. Pero ¿cómo puede Ptolomeo ocupar el lugar de Antíoco Magno, que no hizo esto en absoluto?

(Dan. IV 11.21) Hasta aquí sigue el orden histórico y no hay discrepancia entre Porfirio y nosotros. Lo que viene a continuación hasta el final del libro aquél lo interpreta en relación con la persona de Antíoco, de sobrenombre «Epífanes», hermano de Seleuco, el hijo de Antíoco Magno, que después de Ptolomeo reinó once años en Siria y se apoderó de Judea, y bajo cuyo reinado se narra la persecución de la ley de Dios y las guerras de los Macabeos. Los nuestros, en cambio...

El lugar de Seleuco lo ocupará –dicen– su hermano Antíoco Epífanes, a quien al principio no le atributaban honores de rey los que en Siria eran partidarios de Ptolomeo; pero después, fingiendo clemencia, obtuvo el reino de Siria, y los «brazos» de Ptolomeo, que combatía y todo lo arrasaba, fueron tomados y aniquilados por el «rostro» de Antíoco (la palabra «brazos» alude a su fuerza; de ahí que un contingente militar reciba el nombre de *manus*)[40].

---

[39] Selecuo Filópator, hijo de Antíoco Magno.

[40] Existe un juego de palabras en todo el pasaje: se emplean los dobles sentidos, corporal y militar, de los términos latinos «brachia» (posiciones o líneas del ejército), y «manus» (escuadrón). Nos apegamos a la literalidad para reflejarlo en la traducción. Pero además los «brachia» de Ptolomeo se oponen a la «facies» de Antíoco, que se lleva la victoria. La explicación se encuentra quizá en los hechos históricos que Jerónimo resume a continuación.

Y no sólo –dice– venció a Ptolomeo con el engaño, sino que también derrotó con mentiras al jefe de la alianza, esto es, a Judas Macabeo. Esto es, pues lo que dice: después de haber ofrecido la paz a Ptolomeo y haberse convertido en el jefe de la alianza, tramó insidias contra aquél (no se alude aquí a Ptolomeo Epífanes, que fue el quinto en reinar en Egipto, sino a Ptolomeo Filómetor, hijo de Cleopatra, la hermana de Antíoco, que era, por lo tanto, su tío); cuando después de la muerte de Cleopatra el gobierno de Egipto recayó en el eunuco Eulaio, preceptor de Filómetor, y en Leneo, y éstos reclamaron la Siria que Antíoco había ocupado fraudulentamente, estalló la guerra entre el tío y el joven Ptolomeo, y trabando combate entre Pelusio y el monte Casio, fueron derrotados los generales de Ptolomeo. A continuación Antíoco, perdonando al joven y fingiendo amistad, subió hasta Menfis y, recibiendo allí el reino según la costumbre de los egipcios y con el pretexto de mirar por los intereses del joven, con un mediano ejército subyugó todo Egipto, penetró en ciudades prósperas y riquísimas e hizo lo que no habían hecho ni sus padres ni los padres de sus padres: en efecto, ninguno de los reyes de Siria sometió a Egipto a semejante devastación; arrasó todas las riquezas y tan astuto fue que arruinó con el engaño los prudentes planes de los que habían sido generales del joven. Porfirio, siguiendo a Sutorio, ha tratado por extenso estos hechos que nosotros hemos expuesto sucintamente.

(Dan. IV 11.25s) Esto lo interpreta Porfirio en relación con Antíoco, que marchó con un gran ejército contra Ptolomeo, el hijo de su hermana. No obstante, el rey del sur, esto es, los generales de Ptolomeo, estaban llamados a trabar combate con sus fuertes y abundantes tropas, pero no pudieron resistir las maniobras fraudulentas de Antíoco, que fingió la paz con el hijo de su hermana, comió el pan con él y, acto seguido, ocupó Egipto.

(Dan. IV 11.27s) Nadie duda de que Antíoco hizo las paces con Ptolomeo, participó con él en un banquete, tramó engaños y no hizo progreso alguno porque no pudo apoderarse de su reino, sino que fue expulsado por los soldados de Ptolomeo.

Antíoco IV realizó dos campañas contra Ptolomeo Filométor (cf. etiam en los libros de Daniel y Macabeos –Da. 11.21ss, Ma. 1.1ss–). En la primera, a la que se alude aquí, la derrota del ejército de Ptolomeo se produce por conspiraciones internas que engañan al monarca: Ptolomeo cayó en manos de Antíoco, que lo trató con fingida amistas y entregó Egipto al pillaje.

(Dan. IV 11.28b-30b) Cuenta la historia griega y romana que Antíoco, después de regresar expulsado de Egipto, vino a Judea, esto es, contra la alianza sagrada, y expolió el templo y se llevó todo el oro que pudo, y dejando en la ciudadela una guarnición de macedonios, regresó a su tierra. Dos años después reunió de nuevo un ejército contra Ptolomeo y se dirigió hacia el sur, y habiendo sido sitiados en Alejandría dos hermanos de Ptolomeo, hijos de Cleopatra, del que él era tío, se presentaron embajadores de Roma, uno de los cuales era Marco Pompilio Lenas. Hallaron al rey en la playa y tras darle el senadoconsulto en el que se le ordenaba que se apartase de los amigos del pueblo romano y se mantuviese dentro de los límites de su imperio, dado que éste demoraba la decisión de su respuesta, se dice que con el bastón que llevaba en la mano trazó un círculo en la arena en el que encerró al rey, y le dijo: «el Senado y el Pueblo Romano te conminan a que respondas en este preciso lugar cuál es tu decisión». Pronunciadas estas palabras, aquél dijo amedrentado: «si esto es lo que le place al Senado y al Pueblo Romano, hay que dar marcha atrás». Y puso en marcha al ejército de inmediato. Dicen, no obstante, que ello supuso un golpe mayor que la muerte, pues le hizo perder su inmensa arrogancia... Con mayor extensión se puede leer en el libro de los Macabeos que, después de que los romanos lo expulsaran de Egipto, acudió lleno de furor contra la alianza sagrada y que fue llamado por los que habían abandonado la Ley de Dios y se habían mezclado con los ritos de los paganos.

Dan. IV 11. 31-43:

(31) Con «brazos»[41] se refiere a los enviados por Antíoco al cabo de dos años a expoliar el templo, para exigir tributos a los judíos, suprimir el culto a Dios y erigir en el templo de Jerusalén una imagen de Júpiter Olímpico y las estatuas de Antíoco que ahora llama «abominación de la desolación» por haber sido suprimido el holocausto y el sacrificio permanente.

(32) También leemos en los Macabeos que unos fingieron ser custodios de la Ley de Dios y después pactaron con los gentiles, mientras que otros perseveraron verdaderamente en la religión.

(33) Los libros de los Macabeos relatan cuanto sufrieron los judíos a manos de Antíoco y sirven de testimonio de la victoria de aquellos que por

[41] «Fuerzas» armadas enviadas contra Jerusalén.

preservar la Ley soportaron las llamas, las espadas, la esclavitud, el expolio y las penas más terribles.

(34-35) Con «escasa ayuda» Porfirio creía que se refería a Matatías, de la aldea de Modín, que se reveló contra los generales de Antíoco y luchó por preservar el culto del Dios verdadero. Lo llama –dice– «escasa ayuda» porque Matatías murió en la batalla y posteriormente Judas, su hijo, al que llamaban Macabeo, murió luchando, y el resto de sus hermanos resultó engañado por la perfidia de sus enemigos.

(36) Porfirio y otros que lo siguen consideran que se está hablando de Antíoco Epífanes porque éste se levantó contra el culto de Dios y llegó a tal grado de soberbia que ordenó erigir en el templo de Jerusalén una imagen suya. Lo que sigue –«y tendrá éxito hasta que se haya colmado la cólera[42] porque en ese momento se producirá el cumplimiento»– lo entienden así: aquél tendrá poder hasta que Dios se encolerice con él y ordene su asesinato. Y el caso es que Polibio y Diodoro, que escriben las historias que se hallan en las bibliotecas, cuentan que aquél no sólo actuó contra el Dios de Judea, sino que, encendido por el fuego de la codicia, intentó expoliar también el templo de Diana en Elimaida, que era fastuoso, y que, acometido por los guardianes del templo y por las gentes del entorno y enloquecido por ciertos terrores y alucinaciones, murió finalmente de enfermedad; y mencionan que esto ocurrió por haber intentado profanar el templo de Diana.

(37-39) «Ni tampoco al favorito de las mujeres»[43] se va adaptar muy bien a la personalidad de Antíoco, de quien se dice que fue muy lujurioso y que vino a dar por sus estupros y su corrupción en la degradación de la dignidad regia que se mezclaba con mimos y prostitutas en público y satisfacía su lujuria en presencia del pueblo.

Porfirio interpretó ridículamente lo del «dios Maozim»[44] en el sentido de que en la aldea de Modín, de donde fueron originarios Matatías y sus hijos, los generales de Antíoco erigieron una estatua de Júpiter y obligaron a los judíos a hacerle sacrificios, esto es, «al dios de Modín».

---

[42] De Dios.

[43] Referente a un dios, que sería, de acuerdo con EZ. 8.14, Adonis-Amuz.

[44] Desde luego este «dios Maozim» no figura en el texto como tal. Porfirio lo interpreta en relación con 1Ma. 2.1ss.

«Fortalezas, etc». Así lo explicó Porfirio: todo esto es lo que hará, a saber, levantará una ciudadela en Jerusalén y establecerá guarniciones en el resto de las ciudades, y enseñará a los judíos a adorar a un dios extranjero –con lo que se está refiriendo sin duda a Júpiter–. Una vez que se los haya mostrado y los haya persuadido para que lo adorasen, les concederá honores y gloria abundantes a los que se hayan dejado engañar y hará que dominen sobre el resto de los que viven en Judea, y a cambio de su prevaricación repartirá entre ellos sus posesiones y distribuirá sus dádivas entre ellos.

(40-41b) Esto también lo relaciona Porfirio con Antíoco, puesto que en el undécimo año de su reinado combatió de nuevo contra Ptolomeo Filómetor, el hijo de su hermana. Éste, cuando se enteró de la llegada de Antíoco, reunió miles de efectivos, pero Antíoco, como una formidable tempestad, con sus carros, sus caballos y una gran flota penetró en buena parte del país y lo devastó todo a su paso, y llegó a la ínclita tierra de Judea y fortificó una ciudadela con las ruinas de los muros de la ciudad y de este modo marchó contra Egipto.

Antíoco, dicen, cuando se apresuraba a marchar contra Ptolomeo, el rey del sur, no tocó ni a los idumeos ni a los moabitas ni a los amonitas, que estaban al lado de Judea, para no fortalecer a Ptolomeo por atender otra guerra.

(Dan. 11.44-45) A propósito de este personaje Porfirio desvaría no sé qué cosa acerca de Antíoco. Luchando –dice– contra los egipcios y atravesando Libia y Etiopía oirá que la guerra se desata contra él desde el norte y desde el oriente, por lo que regresará conquistando a los aradios, que se le resistían, y devastará toda la faja costera de la provincia de Fenicia, y se dirigirá de inmediato contra Artaxias, rey de Armenia, que se marchará de los territorios de oriente y, tras la muerte de muchos de sus efectivos, acampará en Apedno, que está situado entre los dos caudalosos ríos, el Tigris y el Éufrates. Llegando a este punto, (Porfirio) es incapaz de decir cuál es el ínclito y santo monte en el que se asentará, aunque no puede probar y resulta absurdo interpretar los «dos mares» del «se asentó entre dos mares» como alusión a los dos ríos de Babilonia. En cambio, lo del «monte santo» lo dejó de lado por seguir la lectura de Teodoción, que dice «en medio de dos mares sobre el monte santo de Saba»; y como cree que «Saba» es el nombre de un monte de Armenia o de Mesopotamia, no puede decir por qué es santo; además, por su propensión a la mentira nosotros podemos añadir lo que él calló: que se dice

que este monte es «santo» pues por locura de los armenios está consagrado a los ídolos. «Y vendrá –dice– hasta la cumbre de este mismo monte», en la provincia de Elimaida[45], que es la región más oriental de Persia, y allí, queriendo expoliar el templo de Diana, que atesoraba infinitas ofrendas, fue puesto en fuga por los bárbaros, que guardaban aquel santuario con admirable veneración, y murió en Tabes, ciudadela persa, consumido por el dolor. Esto lo redactó aquél para afrentarnos con su muy ingenioso lenguaje. Pero aunque pudiera probar que no se refiere al Anticristo sino a Antíoco, ¿qué nos importa a nosotros, que no pretendiéramos demostrar que en todos los pasajes de las Escrituras se habla de la venida de Cristo y de la falsedad del Anticristo?... Estas revelaciones las deja de lado y afirma que la profecía es sobre los judíos, que hasta el día de hoy sabemos que viven en la esclavitud, y dice que el que escribió el libro bajo el nombre de Daniel mintió para restaurar la esperanza de los suyos, con lo que no pudo conocer toda la historia futura, sino que rememoró los hechos ya acontecidos. Y se demora en calumniar la visión del final poniendo «ríos» en lugar de «mar» y situando en Apedno el monte santo, para lo que no puede aducir testimonios escritos.

Apolinar, que siguió a los Setenta, guarda un silencio total sobre la palabra «Apedno». Luego si he podido extenderme en exceso en este punto ha sido para poner de manifiesto la calumnia de Porfirio, que ignoró todo esto o fingió desconocerlo, y la dificultad de la Sagrada Escritura, cuya interpretación reivindican en primer término hombres muy inexpertos y carentes de la gracia de Dios y de la doctrina de nuestros mayores.

(Dan. IV 12.1-3)

(1-3) Hasta aquí Porfirio se ha contenido en cierta forma. Pero ¿qué podrá decir del capítulo en el que se describe la resurrección de los muertos?... ¿Qué no es capaz de hacer la contumacia?... También esto, dice, fue escrito a propósito de Antíoco, que al atravesar Persia dejó a su ejército en Lisia, que estaba a la cabeza de Antioquía y de Fenicia, para combatir a los judíos y destruir su ciudad, Jerusalén. Todo esto lo cuenta Josefo, el autor de la historia de los hebreos: que no hubo jamás una tribulación como aquella y que llegó un tiempo que no se había conocido desde el principio de la humanidad hasta entonces. Con todo, obtenida la victoria y caídos los generales de Antíoco, e incluso muerto el propio príncipe de Persia, el pueblo

[45] Para estos hechos cf. 1Ma. 6.1ss.

de Israel fue salvo, todos los que estaban inscritos en el libro de Dios, esto es, los que defendieron la Ley con todas sus fuerzas; y todo lo contrario les ocurrió a los que habían sido borrados del libro, esto es, los que se erigieron en prevaricadores de la ley y se alinearon con Antíoco. Entonces, dice, éstos que casi dormían en el polvo de la tierra y estaba enterrados bajo el peso de los males y escondidos en los sepulcros de las desgracias resurgieron del polvo de la tierra a una inesperada victoria y se levantaron la cabeza del suelo: los guardianes de la Ley que resurgían a la vida eterna mientras los prevaricadores caían en un oprobio eterno. Los maestros y los doctores que tenían conocimiento de la Ley refulgirán como el cielo, y los que exhortaron a los pueblos sometidos a preservar las ceremonias de Dios resplandecerán a la manera de los astros por toda la eternidad. Cita también la historia de los Macabeos, en la que se dice que muchos judíos huyeron al desierto bajo Matatías y Judas Macabeo y se escondieron en cuevas y en cavernas entre las rocas, y que salieron después de la victoria, y que esto fue como una predicción «metafórica» de la resurrección de los muertos.

(5-6) Esto lo interpreta Porfirio, según su costumbre, como una referencia a Antíoco; nosotros como una referencia al Anticristo.

(7a-7b) «Un ciclo, ciclos y la mitad de un ciclo» lo interpreta Porfirio como tres años y medio. Luego si lo que precede, que había sido escrito claramente en referencia al Anticristo, Porfirio lo relaciona con Antíoco y con los tres años y medio en los que dice que el templo estuvo Abandonado, lo que sigue «su reino es eterno y todos los reyes lo servirán y lo obedecerán» debe demostrar, por tanto, que se refiere a Antíoco o, como él mismo cree, al pueblo judío, lo que obviamente no se sostiene en modo alguno... «cuando el pueblo de Dios sea dispersado»: de acuerdo con Porfirio todo esto se cumplirá con la persecución de Antíoco.

(11) Porfirio dice que estos mil doscientos noventa días se cumplieron en la época de Antíoco y con la desolación del templo.

(12) Porfirio interpretó así este pasaje: los cuarenta y cinco días que se suman a los mil doscientos noventa significan el tiempo de la victoria contra los generales de Antíoco, cuando Judas Macabeo combatió con denuedo y purificó el templo, destruyó los ídolos y ofreció víctimas en el templo de Dios.

(13) En vano pretende Porfirio referirlo todo a Antíoco, calumnia a la que, como hemos dicho, dieron una respuesta más completa Eusebio de Cesarea,

Apolinar de Laodicea y, en parte, el mártir Metodio, varón de gran erudición. El que quiera conocerla podrá encontrarla en las obras de éstos.

(Is. IX 30) Hemos señalado que el dios Maozim, según podemos leer en la última visión de Daniel, no lo interpretamos como el dios de la aldea de Modín, de acuerdo con el desatinado Porfirio, sino como un dios fuerte y poderoso[46].

(Hier. In Os. 1.2[47]) Pero si algún obstinado, particularmente entro los paganos, no quisiera aceptar estas palabras en sentido figurado y se riera de que el profeta se una a una prostituta, le contestaremos...[48]

(1.8s.) Pero si algún intérprete obstinado no quisiera aceptar lo que hemos dicho, sino que entendiera que la meretriz llamada Gómer, hija de Dibláin, dio a luz a dos varones, el primero y el tercero, y entre ellos, al segunda, a una hembra, pretendiendo que el significado de la Escritura es lo que literalmente se lee, que responda cómo...[49]

(Hier. In Joel. 2.28-32) (Los apóstoles) se daban cuenta de lo que era útil para los catecúmenos y no entraba en conflicto con las circunstancias, lo corroboraban con testimonios de otros tiempos, sin abusar de la buena fe y de la ignorancia de los catecúmenos como sostiene el impío Porfirio.

(Matb. I 3.3) Porfirio relaciona este pasaje con el comienzo del evangelista Marcos, en el que está escrito: «Comienzo del evangelio de Jesucristo... Allanad sus senderos»[50]. En efecto, como este testimonio está tomado de Malaquías e Isaías[51], pregunta por qué pensamos que está tomado sólo de Isaías. A éste los hombres de la Iglesia le han respondido extensamente.

(Matb. I 9.9) En este punto Porfirio y el emperador Juliano denuncian la torpeza del historiador mendaz o la necedad de esos que siguieron

---

[46] «Pero si he nombrado a los citados varones, maestros de la Iglesia, han de comprender que no estoy demostrando la credibilidad de todos ellos, que en verdad están en desacuerdo, sino que hablé para distinguir a Josefo de Porfirio, que disputaron largamente sobre esta cuestión» Cf. Flauius I. Al X 9.7.275-281.

[47] «Y dijo el Señor a Oseas: Anda, toma una mujer prostituta y ten hijos bastardos, porque el país está prostituido, alejado del Señor».

[48] Se citan a continuación las «hazañas» celebradas por las escuelas filosóficas de Grecia: cómo Jenócrates salvó a Polemón de una vida licenciosa y cómo Sócrates hizo lo propio con Fedón.

[49] Sigue una alusión al poeta Ezequiel.

[50] Ev. Marc. 1.1-2.

[51] Ma. 3.1; Is 40.3.

inmediatamente al Salvador, como si hubieran seguido de forma irracional la llamada de un hombre cualquiera.

(Matb. II 15.17) Todos los pasajes de los Evangelios están llenos de escándalos desde el punto de vista de herejes y perversos; e incluso por esta pequeña frase[52] algunos acusan al Señor de sostener, aun siendo lego en los debates de los físicos, que todos los alimentos pasan al vientre y se evacuan en lugar apartado.

(Matb. III 21.22) Los perros de los gentiles ladran contra nosotros en sus libros, que han dejado como testimonio de su propia impiedad, afirmando que los apóstoles no tenían fe puesto que no pudieron mover montañas.

(Matb. IV 24.16s)[53] Sobre este pasaje, esto es, sobre la abominación de la desolación existente en el lugar santo, mucho blasfemó contra nosotros Porfirio en el libro XIII de su obra contra nosotros, al cual respondió el obispo Eusebio de Cesarea en tres libros: el XVIII, el XIX y el XX. También Apolinar escribió exhaustivamente sobre ello, por lo que resulta inútil pretender exponer en un solo capítulo una cuestión sobre la que se ha debatido en tantos miles de líneas.

(Matb. IV 27.45) Los que han escrito contra los Evangelios suponen que los discípulos de Cristo, a causa de su ignorancia, han relacionado la resurrección del Señor con la interpretación de un eclipse de sol, que suele acaecer en épocas fijas y determinadas.

(Gal. Prolog) No comprendiendo absolutamente nada, aquel infame bataneota[54] de Porfirio, en el libro primero de su obra contra nosotros, objetó que Pedro fue censurado por Pablo por no haber procedido rectamente en la evangelización, con la intención de imputar a uno la infamia del error y al otro la de la desvergüenza, y de acusar a ambos de propugnar una doctrina falaz y mentirosa con tal de mostrar discrepancias entre los príncipes de las iglesias.

(Gal. 1.1) «No de parte de los hombres»[55]: estas palabras se pueden interpretar como una alusión indirecta a Pedro y a los demás, en el sentido de que el Evangelio no le ha sido transmitido por los Apóstoles.

---

[52] «¿No sabéis que todo lo que entra en la boca, pasa al vientre y se echa en lugar aparte?»

[53] «Cuando veáis instalada en el lugar santo la abominación de la desolación anunciada por el profeta Daniel, procure entenderlo el que lo lea».

[54] Cf. fr. 1.

[55] Así reza la presentación de Pablo en el encabezamiento de la epístola.

(Gal 1.16) La mayoría piensa que esto lo han dicho de los apóstoles. En efecto, también Porfirio objeta que, después de la revelación de Cristo, Pablo no se dignó ir a los hombres y conversar con ellos, pues, tras haber sido instruido en la doctrina de Dios, no fue instruido «por la carne y la sangre»[56].

(Gal. 2.11ss) [...] Sobre todo, al no hacer Lucas, el escritor de la historia sagrada, mención alguna a esta disensión ni decir que Pedro había estado en Antioquía con Pablo[57], no da ocasión al blasfemo Porfirio de creer que Pedro se equivocó o que Pablo contestó con descaro al príncipe de los Apóstoles... Si a causa de la blasfemia de Porfirio debemos imaginar otros Cefas[58], para que no se piense que Pedro se equivocó, habría que eliminar infinidad de cosas de las Sagradas Escrituras, que aquél, por incomprensión, lanza como acusaciones.

(Gal. 5.10)[59] Implícitamente, dicen, hiere a Pedro, de quien más arriba escribe que tuvo un enfrentamiento con él[60], puesto que su aproximación a la verdad del Evangelio no fue correcta. Mas ni Pablo puede hablar así, tan procaz y ultrajantemente, de un príncipe de la Iglesia ni tampoco Pedro puede ser acusado de turbar a la iglesia.

(Gal. 5.12) «¡Ojalá se mutilen del todo los que os soliviantan!» Ésta es la súplica de Pablo, discípulo de aquel que dice «bendecid a los que os maldicen»[61] ¡Y eso que también él dice «bendecid y no maldigáis»[62] y, en otro pasaje, «los que maldicen no poseerán el Reino de Dios» [63] !. Supongamos que haya maldecido a los que soliviantaban a las iglesias de Galacia y que lo haya hecho al formular así su voto: «¡Ojalá se mutilen del todo los que os soliviantan!». Tan abominable es padecer mutilación que está penado por las leyes públicas realizársela a alguien contra su voluntad y se

---

[56] En el pasaje paulino se lee: «Mas cuando plugo a Dios, que me reservó para sí desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, revelar en mí a su Hijo, para que le predicase entre los gentiles, desde luego no me aconsejé de hombre mortal, ni subí a Jerusalén para ver a los que me precedieron en el apostolado, sino que me retiré a la Arabia, desde donde volví otra vez a Damasco».

[57] Cf. Ep. Gal. 2.11-21

[58] Versión hebrea del nombre de Pedro.

[59] «Quien nos alborote, sufrirá un castigo, sea quien sea»

[60] Pablo.

[61] Ev. Mat. 5.44ss.

[62] Ep. Rom. 12.14.

[63] 1 Ep. Cor. 6.10.

considera una infamia castrase a uno mismo. En efecto, para que sea cierto aquello de que «Cristo vive en mí»[64] y eso otro de «¿buscáis una prueba de que Cristo habla en mí?»[65], no se le puede atribuir desde luego palabras de maldición a aquel que dice «aprended de mí, que soy humilde y apacible y manso de corazón»[66]. Se cree más bien que no pudo refrenar su furor judío y una especie de locura desbocada y que no imitó a aquel que «como cordero ante el esquilador no abrió su boca y no respondió con maldiciones a quienes lo maldecían»[67].

(Epist. 57. ad Pammachium. 9) Replico estas cosas, no para acusar a los evangelistas de falsedad, como es el caso de impíos como Celso, Porfirio y Juliano.

(epist. 112 ad Augustinum 14) Esta tesis que rigió primero Orígenes en el libro décimo de los *Stromata* –donde interpreta la carta de Pablo a los Gálatas– y después los demás exegetas, la introducen implícitamente por un motivo en particular: para dar respuesta a las blasfemias de Porfirio, que acusa de descaro a Pablo por haberse atrevido a reprender a Pedro, el príncipe de los Apóstoles, a acusarle abiertamente y a amonestarlo porque había obrado mal en esto, a saber, en que había caído en el mismo error en que cayó él mismo cuando acusó a otro de sus faltas... Censuran la desvergüenza del blasfemo Porfirio, quien afirma que Pablo y Pedro mantuvieron entre sí una contienda infantil, que Pablo se consumía de envidia por las virtudes de Pedro y que se había jactado por escrito de cosas que o bien no habían hecho o, si las había hecho, las hizo reprendiéndole a otro con todo el descaro lo que había sido obra suya.

(epist. 130 ad Demetriadem 14) Y finalmente el apóstol Pedro no impreca en modo alguno su muerte[68], como calumnia el necio Porfirio.

(epist. 133 ad Ctesiphontem 9) ¿Y por qué razón –algo que suele objetarnos vuestro compañero Porfirio– un Dios clemente y misericordioso toleró que desde Adán hasta Moisés y desde Moisés hasta la misma venida de Cristo pueblos enteros perecieran en la ignorancia de la Ley y de los mandamientos de Dios? En efecto, ni los britanos, provincia fértil en tiranos,

[64] Ep. Gal. 2.20.
[65] 2 Ep. Cor. 13.3.
[66] Ev. Mat. 11.29.
[67] Is. 53.7.
[68] La muerte de Ananías y Safira, según el relato de Act.Ap. 5.1-11. Cf. fr. 78.

ni los pueblos de Escitia ni todas las naciones bárbaras que se extienden en derredor hasta el Océano habían conocido a Moisés ni a los profetas. ¿Por qué había de venir al final de los tiempos y no antes de que pereciera una incontable multitud de hombres?

(c. Vigil. 10) A no ser que a la manera de los gentiles e impíos Porfirio y Eunomio fantaseen que éstos son artificios de démones y que los démones no se lamentan de verdad, sino que simulan sus tormentos.

(adv. Pelag. II 17) Jesús dijo que no iría, con lo que hizo lo que previamente había rehusado [69]: Porfirio levanta la voz y lo acusa de inconstancia y veleidad ignorando que todos los escándalos han de relacionarse con la carne.

(quaest, in Gen. 1.10[70]) Ha de observarse que toda reunión de aguas, ya sean saladas o dulces, recibe en la lengua hebrea el nombre de «mar». En vano, pues, acusa Porfirio a los evangelistas de llamar «mar», en vez de «lago», al de Genezaret, con objeto de representar ante los ignorantes el milagro del Señor caminando sobre el mar, pues todo lago o reunión de aguas recibe el nombre de «mar».

(tract. in Marc. 29-35) Este pasaje lo ha discutido en su libro catorce el impío Porfirio, que ha escrito contra nosotros y ha vomitado su rabia en muchos volúmenes, y dice: «Los evangelistas fueron hombres tan ignorantes, no sólo de cosas profanas, sino también de las escrituras divinas, que han atribuido a un profeta distinto el testimonio que se halla escrito en otra parte»[71].

MACARIO DE MAGNECIA

En el códice en pergamino Coisl. Gr. 205 de la Biblioteca Nacional de París se encuentra (fol 41 r), tachado por la mitad, un comentario al cap. 1 de los *Hechos de los Apóstoles*, con la anotación «Macario de Magnesia, *Sobre Judas*». Consta de 12 líneas. Schalkhauser, al que se debe la

---

[69] «Subid vosotros a la fiesta; yo no subo a esta fiesta; para mí, el momento no ha llegado aún. Después de esta conversación él se quedó en Galilea; sin embargo, después que sus parientes se marcharon a la fiesta, entonces subió él también, no abiertamente, sino a escondidas».

[70] «Y la reunión de las aguas la llamó mar».

[71] La acusación queda explicita en el fr. 33.

información[72], supone que el escolio proviene de la parte perdida del *Apokritikós*. Es probable, pues, que también Porfirio haya deducido la muerte de Judas en Act.Ap 1.16ss. y de Ev.Mat. 27.3ss., puesto que las contradicciones del relato debían ser evidentes y no debían dejar satisfechos. Todo ello es mera hipótesis de Harnack.

(Mac.Magn. I) Pues escribe en el libro primero de su obra, a propósito del sexto punto, donde se extiende sobre los milagros realizados por Cristo, lo siguiente: entonces Berenice...[73]

(Mac.Magn. II 7-8) A todos estos los dividió la espada salvadora, que los separó sin herirlos en el seno, por así decirlo, de la misma familia, pues esta espada separa voluntades y no produce cicatrices, divide la unidad familiar por utilidad sin causar sufrimiento alguno, contra sin hacerle cortes a los que corta, pues no secciona cuerpos, sino que transforma sin fatiga la conducta y la voluntad. Y si quieres entender el relato en sentido intelectual, ve en el hombre separado de su padre el coro de los Apóstoles separado de la Ley; en la hija, la carne, en la madre, la circuncisión; en la esposa, la Iglesia; en la suegra, la Sinagoga; y en la espada que corta, la gracia evangélica[74].

(Mac.Magn. II 8) Sólo se conserva la respuesta de Macario. De ella se deduce, según Harnack, que Porfirio apuntaba contra Ev. Mat. 12.48ss. («¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?»), el pasaje relativo a los parientes de Jesús. De la respuesta de Macario se deduciría que Porfirio podría haber negado la divinidad de Jesús por el hecho de tener madre y hermanos. Aduce también un pasaje de Diodoro de Tarso (Pseudo Justino), en que el «pagano» plantea una objeción de este tipo, cuya frase conclusiva recuerda, según Harnack, el estilo de Porfirio.

---

[72] G. Schalkhauser (1907) 13.

[73] Según Harnack, Macario se estaría ocupando de Ev. Mat. 9.20ss (la historia de la hemorroísa). Esto significaría que Porfirio también se habría ocupado de los milagros de Jesús y del citado pasaje de Ev. Mat. Del texto de Macario, tomado de Nicéforo de Constantinopla, no se deduce; sin embargo, el supuesto comentario de Porfirio.

[74] Por la respuesta de Macario –se ha perdido la argumentación de Profirio– sabemos que éste se ocuparía de Ev.Mat. 10.34-38 («no creáis que vine a traer la paz a la tierra, sino la espada»). El tono pacifista de la objeción de Porfirio se deduciría de la respuesta de Macario: la espada, que Porfirio habría interpretado en un sentido literal, debe entenderse en un sentido espiritual.

Pero si ningún hombre lo ha hecho[75] —pues ni ha habido ni hay ni habrá jamás un hombre corriente que realice tales hazañas—, ¿cómo es que no dejáis de insistir una y otra vez en que el Unigénito de Dios es un hombre corriente que tiene hermanos?[76]

(Mac.Magn. II 9) (Objeciones basadas en Marcos X. 18. Y Mateo XII. 35.) Solo se conserva la respuesta de Macario. Dejemos también clara la cuestión de esos dos dichos: «Nadie es bueno excepto Dios» y «El buen hombre, del buen tesoro de su corazón saca lo que es bueno».

(Mac.Magn. II 10) (Respuesta a una objeción basada en S. Mat, XVII. 15.): Solo se conserva la respuesta de Macario. «Señor, ten piedad de mi hijo, porque es lunático y está muy mal;», aunque no fue efecto de la luna, sino de un demonio. Al responder a esta pregunta, también consideraremos la reprimenda aparentemente innecesaria que Cristo añade a la multitud, en las palabras «Oh raza incrédula y perversa, ¿hasta cuándo he de estar con vosotros?» El dragón o demonio era lo suficientemente astuto para atacar al niño en los cambios de la luna, para que los hombres pensaran que sus sufrimientos se debían a su influencia. Así, con un acto logró dos objetos, ya que ambos torturaban el cuerpo del muchacho y sugerían blasfemia a las mentes de los que lo veían, ya que si lo atribuían a la acción de la luna, naturalmente culparían a Aquel que creó la luna. Cristo percibe que ellos también han sido afectados por el demonio, y por eso los llama una «generación infiel», debido a sus ideas sobre la luna. Al expulsar al demonio, les muestra su error. S. Mateo no prueba, al decir que «un niño lunático» fue llevado a Cristo, que realmente estaba bajo la influencia de la luna. Como un buen historiador, registró las cosas como las escuchó, no como eran en realidad.

(Mac.Magn. II 11) (Respuesta a una objeción basada en Juan V. 31.) Solo se conserva la respuesta de Macario. ¿Cómo es que Cristo dijo: «Si doy

---

[75] En el capítulo anterior (II 19.4) se enumeran los signos de la divinidad de Cristo.

[76] («Si desobedecer a los padres está prohibido por la Sagrada Escritura y el que se salta las prohibiciones recibe el nombre de pecador, ¿cómo puede ser proclamado "libre de pecado" el Soberano Cristo si desobedeció a sus propios padres en distintos lugares? Así en la boda (sc. De Caná: Ev.Io. 2.4) increpó a su madre diciéndole "mujer, ¿qué tenemos que ver tú y yo?" Y cuando su madre quiso verlo llamó "madre" y "hermanos" a los que hacen la voluntad de Dios... Y si lo que se ha dicho es contradictorio ¿cómo lo que es contradictorio entre sí no se va a refutar mutuamente?»).

testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero», y sin embargo dio testimonio de sí mismo, como se le acusó de hacerlo cuando dijo: «Yo soy la luz del mundo»? (Juan VIII. 12, 13). Tal testimonio no es verdadero en el caso del hombre, pero sí lo es en el de Dios. Los judíos pensaban que Cristo era sólo un hombre, pero habría sido una cosa triste para el mundo si hubiera aceptado su juicio y buscado el testimonio del hombre por sus actos divinos. Así que habla como hombre cuando no da testimonio de sí mismo, sino que lo busca en Dios. Pero es como Dios que dice que Él es la Luz, la Verdad, etc., desdeñando el testimonio de sus inferiores. Por lo tanto, simplemente permite que si, en su juicio erróneo, Él es simplemente hombre, su testimonio no es verdadero. Por lo tanto, Él contradice, no su propia declaración, sino la opinión de ellos sobre Él.

(Mac.Magn. II 12) Pero él con amargura, y con una mirada muy sombría, se inclinó hacia adelante y nos declaró aún más salvajemente que los evangelistas eran inventores y no historiadores de los eventos concernientes a Jesús. Cada uno de ellos escribió un relato de la Pasión que no era armonioso, sino tan contradictorio como podía ser. Por ejemplo, se cuenta que cuando fue crucificado, un hombre llenó una esponja con vinagre y se la trajo (Marcos XV. 36). Pero otro dice de otra manera: «le dieron a beber vino mezclado con hiel; y gustándolo, no quiso beberlo». (Mateo XXVII. 33). Y un poco más adelante, «Y alrededor de la hora novena, Jesús clamó a gran voz diciendo: ¡Elí, Elí! ¿lama sabactani?», esto es: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» (Este es Mateo XXVII. 46). Y otro dice: «Había allí una vasija llena de vinagre. Empaparon pues, en vinagre una esponja, que ataron a una caña una vasija llena de vinagre, se la ofrecieron a su boca. Cuando hubo tomado el vinagre, dijo: Está consumado, e inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Juan XIX. 29). Pero otro dice: «Y Jesús clamó con gran voz: "Padre, en tus manos encomendaré mi espíritu". Este es Lucas (Lucas XXIII. 46). De este registro anticuado y contradictorio, uno puede recibirlo como la declaración del sufrimiento, no de un hombre, sino de muchos. Porque si uno dice «En tus manos encomendaré mi espíritu», y otro «Está consumado», y otro «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» y otro «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has reprochado?» está claro que se trata de una invención discordante, y o bien señala a muchos que fueron crucificados, o bien a uno que murió duramente y no dio una visión clara de su pasión a los que estaban presentes. Pero si estos hombres

no fueron capaces de decir la forma de su muerte de manera veraz, y simplemente la repitieron de memoria, tampoco dejaron ningún registro claro sobre el resto de la narración.

(Mac.Magn. II 13) Se demostrará en otro pasaje que los relatos de su muerte fueron una cuestión de suposición. Porque Juan escribe: «Cuando llegaron a Jesús, al ver que ya estaba muerto, no le rompieron las piernas; pero uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, e inmediatamente salió sangre y agua». Porque sólo Juan ha dicho esto, y ninguno de los otros. Por lo tanto, desea dar testimonio de sí mismo cuando dice: «El que lo vio ha dado testimonio, y su testimonio es verdadero» (v. 35). Esta es felizmente, como me parece, la declaración de un simplón. Porque ¿cómo es verdadero el testimonio de quien no ha estado presente en aquello de lo que da testimonio? Se da testimonio de quien es, pero ¿cómo se podría dar testimonio de quien no es?[77].

(Mac.Magn. II 14) Existe otro razonamiento capaz de refutar esta insana opinión: el de su tan traída y llevada resurrección. ¿Por qué Jesús, después, como decís, de su pasión y de su resurrección, no se le presenta a Pilatos, el que lo condenó, y le dice que no fue merecida la condena a muerte, o a Herodes, el rey de los judíos, o al sumo sacerdote de la fratría judía o a otros muchos dignos de confianza, y en especial al senado y al pueblo romano, para que, maravillándose de lo suyo, no condenasen a muerte por impíos a sus fieles mediante decreto público? Se le aparece, en cambio, a María Magdalena, una mujer baja y venida de una aldea miserable que una vez estuvo poseída por siete demonios, y con ella a otra María, mujercita también oscura y aldeana, y a otros pocos no demasiado importantes; y eso a pesar de que, según Mateo, le había declarado lo siguiente al sumo sacerdote de los judíos: «desde este momento veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo»[78]. De hecho, si se le hubiera aparecido a hombres importantes, a través de ellos hubieran creído todos y ningún juez los habría castigado por inventar fábulas monstruosas, pues está claro que ni a Dios ni al hombre sensato les agrada que por su culpa muchos sean reos de las mayores penas.

---

[77] En el sentido de «estar vivo».

[78] Ev. Mat. 26.64.

(Mac.Magn. II 15) Si alguien lee aquella pedantería escrita en el Evangelio, comprobará que dice toda una barbaridad cuando afirma: «ahora es el juicio del mundo, ahora será expulsado el soberano de este mundo»[79]. Pues dime, por Dios, ¿qué juicio es ese que tenía lugar? ¿Quién es ese soberano del mundo que fue expulsado? Pues si decís «el emperador», no sólo no es el emperador el único soberano, sino que ni siquiera fue arrojado del trono: son muchos, en efecto, los que gobiernan el mundo. Y si es alguien inteligible e incorpóreo, no se le puede expulsar, pues ¿dónde se le iba a expulsar si es precisamente el soberano del mundo? Y si vais a decir que existe en algún lugar otro mundo al que se verá expulsado, decidlo en una narración que nos resulte creíble. Pero si no hay otro, pues es imposible que existan dos mundos, ¿dónde se va a expulsar al soberano, si no es dentro de aquél en el que ya está? ¿Y cómo se puede arrojar a uno al mismo sitio en el que ya se encuentra? Ese mismo es el caso del vaso de arcilla que cuando se rompe expulsa su contenido, pero no al vacío sino a otro cuerpo, de aire, de tierra o de cualquier otra cosa. Luego si el mundo se rompiera de un modo parecido –lo cual es imposible– y se expulsara su contenido, ¿cuál es ese espacio? ¿Cuántas y cuáles son su altura, su profundidad, su longitud y su anchura? Y si éstas existen en él, por el hecho de tenerlas no será sino un mundo. Por otra parte, ¿cuál es la causa de que se expulse al soberano del mundo como si fuera un extraño? ¿Y cómo puede gobernarlo si es un extraño? ¿Cómo se le expulsa, por su voluntad o contra ella? Contra su voluntad, evidentemente, pues queda claro en la frase, ya que el que es expulsado lo es contra su voluntad. Sin embargo, el que comete la injusticia es el que emplea la violencia, no el que la sufre, En definitiva lo adecuado sería dejarle a las mujeres, no a los hombres, toda esta confusión de los Evangelios, pues si quisiéramos investigar con rigor pasajes como éstos, encontraremos miles de exposiciones oscuras carentes de todo sentido.

(Mac.Magn. II 16) Venga, oigamos aquella frase teatral que fue así pronunciada ante los judíos: «no podéis, dice, oír mi palabra, porque tenéis por padre al Diablo y queréis realizar el deseo de vuestro padre»[80]. Acláranos entonces quién es ese «Diablo» que es el padre de los judíos, pues los que cumplen como es debido los deseos de su padre lo hacen acomodándose a

[79] Ev. Juan. 12.31.
[80] Ev. Juan. 8.43-44.

la voluntad del padre y honrándolo; luego si el padre es malvado, no ha de recaer en los hijos la imputación de maldad. ¿Quién es, pues, aquel padre cuyos deseos realizaron como para no prestar oídos a Cristo? Aunque los judíos afirman «sólo a Dios tenemos como padre», él desautoriza estas palabras diciendo «vosotros tenéis por padre al Diablo»[81], que es lo mismo que decir «sois hijos del Diablo». ¿Quién es, pues, aquel Diablo? ¿Dónde se encuentra? ¿A quién ha «calumniado» para recibir ese nombre? Parece, en efecto, que no es su nombre propio, sino que lo tiene por accidente: en la medida en que lo comprendamos correctamente, lo conoceremos a él. Si se le llama «Diablo» a partir de «calumnia», ¿ante quiénes estaba cuando realizó la acción prohibida? Pues se comprobará que el que se muestra receptivo a la calumnia está predispuesto a ello y que es más bien la víctima de la calumnia quien recibe el daño; y se comprobará que tampoco el propio Diablo ha cometido daño alguno, sino el que dio pie a la calumnia. Del mismo modo que el responsable es el que coloca la estaca de noche en el camino, no el caminante que se cae, y la culpa se le imputa al que ha clavado la estaca, el que hace el daño es más bien el que da pie a la calumnia, no el que le presta oídos ni el que la sufre. Y dime esto otro: el calumniador ¿sufre o es ajeno al sufrimiento? Porque si fuera ajeno al sufrimiento, no calumniaría jamás; y si está sujeto a él, merece el perdón, ya que nadie afligido por dolores físicos es juzgado culpable, sino que todos los compadecen por su aflicción.

(Mac.Magn. III 1) ¿Por qué Cristo no dijo nada digno de un varón sabio y divino, capaz de instruir al juez y a los presentes y de hacerlos mejores, ni cuando fue llevado ante el sumo sacerdote ni ante el gobernador, sino que soportó que le golpearan con la caña, que le escupieran y que lo coronaran de espinas, en vez de hacer como Apolonio, que, tras haberle hablado con libertad al emperador Domiciano, desapareció de la corte imperial y no muchas horas después se presentó a la vista de todos en la ciudad de Dicearquía, llamada ahora Puteoli? Cristo, por su parte, si es que tenía que sufrir por mandato de Dios, debió soportar el castigo, pero no aguantar el sufrimiento sin hablar libremente, sino pronunciar ante Pilato, su juez, palabras graves y sabias, y no dejarse ultrajar como un hombre vulgar.

(Mac.Magn. III 2) Sin embargo, también está llena de confusión y necedad aquella frase que Jesús pronunció a sus discípulos; «no temáis –

[81] Ev Juan. 8.41

decía– a los que matan el cuerpo»[82]; mientras que él mismo, cuando estaba angustiado y velaba ante la inminencia de la desgracia, oraba y suplicaba que pasara de largo el sufrimiento y le decía a los discípulos: «velad y suplicad que pase de largo la tentación»[83]. Estas palabras, en efecto, no son dignas del Hijo de Dios, ni siquiera de un hombre sabio que desprecia la muerte.

(Mac.Magn III 3) Y además me parecen llenas de necedad estas palabras: «si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, pues era de mí de quien aquél hablaba»[84]. Sin embargo, de Moisés no se conserva nada, pues se dice que todos sus escritos ardieron con el Templo; así que todo cuanto se escribió después con el nombre de Moisés fue redactado por Esdrás y los suyos mil ciento ochenta años tras la muerte de Moisés. Y aunque se concediese que el escrito es de Moisés, no se podría demostrar que se mencione en algún momento a Cristo como Dios, como Logos divino o como Demiurgo. En una palabra, ¿quién ha anunciado la crucifixión de Cristo?

(Mac.Magn. III 4) Si quisiéramos contar también aquella otra historia, parecerá en verdad habladuría de mercachifle: cuando Mateo dice que dos démones[85] salieron de entre las tumbas al encuentro de Cristo y que a continuación, por temor a Cristo, se fueron hacia unos cerdos y mataron a muchos de ellos[86]. Marcos, por su parte, no duda en inventarse también un número desmesurado de cerdos, y dice así[87]: «Y es que le decía: ‘Sal de este hombre, espíritu impuro’. Y le preguntó: ‘¿Cuál es tu nombre?’. Y le respondió: ‘<Mi nombre es Legión, porque somos muchos>’[88]. Y le rogaba que no lo expulsase de la región. Y había allí una piara de cerdos que pacía, y los demonios le rogaban que les permitiese irse hacia los cerdos. Y se fueron a los cerdos, y se precipitaron al mar por un acantilado, unos dos mil, y se ahogaron. Y los que los apacentaban huyeron». ¡Qué historia! ¡Qué tontería! ¡Qué ridiculez tan enorme! Un tropel de dos mil cerdos se precipitó al mar y murieron todos ahogados. Cuando uno oye que los démones ruegan que no se les envíe al abismo y que Cristo, ante sus ruegos, no los envió allí, sino

---

[82] Ev. Mat. 10.28.
[83] Ev. Mat. 26.41, Ev. Marc. 14.38, Ev. Luc. 22.46.
[84] Ev. Juan. 5.46.
[85] Dos «endemoniados» en el relato original de Mateo.
[86] Cf. Ev. Mat. 8.28-34.
[87] Cf. Ev. Mat. 8.28-34.
[88] Ev. Marc. 5.8-14, con pequeñas variaciones. Para el relato completo cf. Ev. Marc. 5.1-20

que los despachó a unos cerdos ¿cómo no va a decir «¡Qué estupidez! ¡Qué cómico extravío! ¡Aceptar las pretensiones de espíritus criminales que hacen el mal en abundancia en el mundo y dejarles hacer lo que querían!»? Y lo que querían los démones era pasar sus días bailando y hacer del mundo una diversión inagotable. Querían mezclar la tierra y el mar y convertir el universo en un espectáculo lamentable. Querían trastornar los elementos confundiéndolos y destruir con su acción perniciosa toda la creación. Y por ello, a estos seres perniciosos para el hombre, a estos príncipes del mal, no había que arrojarlos a aquel lugar del abismo al que suplicaban no ser enviados, sino, ablandarse por su súplica y permitirles causar otra desgracia[89]. Si esto es verdad y no se trata de una invención, como claramente indicamos, el pasaje imputa a Cristo una enorme maldad: expulsar a los démones de un solo hombre y enviarlos contra cerdos carentes de razón, aterrorizar a los porqueros espantándolos, hacerlos huir en tropel sin tomar aliento y alarmar a la ciudad por lo ocurrido. No es de justicia, en efecto, sanar el mal de un solo hombre ni de dos ni de tres ni de trece, sino de todos, y muy especialmente cuando afirma de sí mismo que ha venido al mundo para esto. En cambio, libra solo a uno de cadenas invisibles y pasar las cadenas secretamente a otros, liberar a unos felizmente de sus temores y arrojar absurdamente sobre otros estos temores, esto no es una buena acción, sino que merecería más bien el calificativo de perversa. Y, por otro lado, aceptar de los enemigos las pretensiones de habitar en otra tierra y asolarla equivale a que un rey destruya a sus súbditos, a que, incapaz de expulsar al bárbaro de la totalidad de su territorio, lo mandase de un lugar a otro a establecerse, liberando a un territorio del mal y haciendo encomienda de otro a este mismo mal. Luego si Cristo, por ser igualmente incapaz de liberar su territorio del demon, lo manda a una piara de cerdos, realiza algo verdaderamente monstruoso, capaz de ensuciar los oídos y pleno de perverso significado. En efecto, una persona sensata, nada más oír este relato, lo juzgaría y emitiría un veredicto proporcionado a los hechos en estos términos: «si no libera del mal todo lo que se halla bajo el sol, sino que destierra a los causantes del mal a tierras diferentes preocupándose de unas y despreocupándose de otras, no es seguro acudir a él como refugio y salvación, pues el que está a salvo provoca

[89] Goulet se mantiene fiel a los manuscritos –apartándose de Harnack– y entiende el pasaje en un sentido irónico.

el resentimiento del que no lo está, y el que no lo está se erige en acusador del que está a salvo». De ahí que, a mi juicio, el relato de esta historia sea una invención. Y si resulta que no es una invención, sino que es afín a la verdad, en verdad que es capaz de hacer reír al máximo ¡Venga pues! Examinemos claramente lo siguiente: ¿cómo estaba pastando en la tierra de Judea semejante cantidad de cerdos cuando se trata desde siempre de un alimento extremadamente impuro y odioso para los judíos? ¿Y cómo pudieron ahogarse todos aquellos cerdos si no existía un lago ni un mar profundo? Dejemos a los niños estos asuntos para que los juzguen.

(Mac.Magn. III 5) Examinemos otra frase más oscura que éstas, cuando dice que «es más fácil que un camello entre por una aguja que un rico al Reino de los Cielos»[90]. En efecto, si un rico que se mantiene apartado de las faltas que se cometen en la vida (asesinato, robo, adulterio, hechicería, perjurio, saqueo de tumbas y de templos) no entra en el llamado «Reino de los Cielos», ¿de qué le sirve a los justos obrar con justicia si son ricos? ¿Y qué perjudica a los pobres cometer todo tipo de impiedades? De hecho, no es la virtud la que lleva a los hombres a los cielos, sino la pobreza y la miseria, pues si la riqueza excluye de los cielos al rico, la pobreza, por oposición, les da acceso a los pobres. Y es justo que el que ha aprendido esta doctrina no se preocupe en absoluto de la virtud, sino que sólo se atenga con descaro a la pobreza y a la indecencia, en la idea de que la pobreza es capaz de salvar al pobre, y la riqueza de privar al rico de la morada incorrupta. Por ello me parece que estas palabras no fueron de Cristo, si es que lo que enseñaba era el canon de la verdad, sino de ciertos pobres que con esta palabrería querían arrebatar los bienes a los ricos. El caso es que ayer, como quien dice, no hace mucho, le leyeron estas palabras a unas mujeres de buena posición («Vende tus bienes y dáselos a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos»[91]) y las convencieron para repartir entre los pobres todas sus propiedades y bienes y, cayendo en la miseria, convertirse en mendigas, pasando de la libertad a una infame mendicidad, cambiando su felicidad por un rostro miserable y verse, en fin, obligadas a acudir a las casas de los ricos, lo que es no ya la primera, sino la última de las vejaciones y de las desgracias: perder lo propio

[90] Ev. Mat. 19.24. El texto evangélico dice literalmente «por el ojo de una aguja».
[91] Ev. Mat. 19.21.

con un pretexto piadoso y codiciar lo ajeno obligado por la necesidad. Por todo ello éstas me parecen las palabras propias de una mujer en apuros.

(Mac.Magn. III 6) ¡Venga! Vamos a abrir el Evangelio por aquel pasaje tan gracioso por lo inverosímil de su redacción y mucho más por su contenido: cuando Jesús, que, después de comer, le había ordenado a los discípulos que se adelantaran a atravesar el mar, se les presentó en la cuarta vigilia de la noche cuando estaban terriblemente agotados por el oleaje de la tempestad, pues se habían pasado toda la noche en briega con la furia de las olas[92]. La cuarta vigilia de la noche es, en efecto, la décima hora de la noche, tras la cual quedan aún tres horas. El caso es que los que describen el escenario real afirman que allí no hay un mar, sino un pequeño lago formado por un río a los pies de la montaña en la región de Galilea junto a la ciudad de Tiberíades, el cual es fácil de atravesar con pequeñas barcas de una pieza en menos de dos horas y que es incapaz de albergar oleaje ni tempestades. Así que Marcos se aleja mucho de la verdad cuando redacta de modo grotesco la historia de que, pasadas nuevo horas, a la hora décima (esto es, en la cuarta vigilia de la noche), Jesús, caminando, encontró a sus discípulos navegando por el lago. Habla además de «un mar», y no de un mar cualquiera, sino de un mar tempestuoso, terriblemente encolerizado y horriblemente encrespado por el tumulto de las olas, todo ello con el fin de presentar a Cristo en el acto de producir algo grandioso, una señal: apaciguando una tempestad enorme y desmedida y salvando del abismo del mar a sus discípulos, que por un momento corrieron peligro. Por historias infantiles como éstas concluimos que el Evangelio es mero artificio escénico. De ahí que examinemos detalladamente cada pasaje.

(Mac.Magn. III 7) Encontramos enseguida otra frasecita incoherente que Cristo le dijo a sus discípulos y decidimos no pasarla en silencio, cuando dice: «a los pobres los tendréis siempre; a mí no siempre me tendréis». El motivo es el siguiente: una mujer traía[93] un frasco de perfume y lo derramó sobre su cabeza, y cuando ellos lo vieron y criticaron lo inoportuno de lo sucedido, les dijo: «¿por qué molestáis a la mujer? Ha hecho conmigo una bella acción, pues a los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a mí no siempre

---

[92] Cf. Ev. Mat. 14.22-24; Ev. Marc. 6.45-48

[93] Cf. Ev.Luc. 7.37

me tendréis»[94]. Entonces no fueron pocas sus murmuraciones por no haberse vendido mejor el perfume a un precio elevado y habérselo dado a los pobres y necesitados para que lo gastara. Pues del mismo modo que por ese murmullo inoportuno pronunció esta frase absurda en la que afirmaba que no iba a estar siempre con ellos, en otra ocasión les dijo con toda seguridad: «estaré con vosotros hasta el fin del mundo»[95]. Pero al estar molesto por el asunto del perfume, negó que fuera a estar siempre con ellos.

(Mac.Magn. III 15) Archiconocido es aquel dicho del Maestro que dice «si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no tenéis vida en vosotros»[96]. Eso, en efecto, no es que sea en verdad bestial y extravagante, sino más extravagante que cualquier extravagancia y más bestial que cualquier comportamiento bestial: que un hombre prueba la carne humana y beba la sangre de sus semejantes y congéneres, y que por hacer esto tenga vida eterna. Si hacéis eso, dime, ¿qué extremo de inhumanidad no vais a incorporar a la vida? ¿Qué otra clase de maldad, más execrable que esta abominación, no vais a inventar? El oído es incapaz de soportar no ya la realización sino la mera mención de este sacrilegio novedoso e insólito. Ni la imaginación de las Erinias mostró jamás algo así a los que vivían al margen de las normas, no los habitantes de Potidea lo hubieran tolerado si no los hubieran dejado en los huesos un hambre inhumana. El banquete de Tiestes fue como fue entonces por el dolor de un hermano. El tracio Tereo se sació contra su voluntad de semejante alimento. Hárpego se dio un banquete con la sangre de su mejor amigo al ser engañado por Astiages. Todos ellos sufrieron semejante vergüenza contra su voluntad. Nadie que viviera en paz preparó en vida una mesa semejante. Nadie recibió de su maestro tan odiosa doctrina. Por mucho que investigando dejes atrás la Escitia, atravieses por los longevos etíopes y recorras en círculo el cinturón del Océano, podrás encontrar pitrófagos y rizófagos, oirás hablar de herpetositas y de miotroctos,[97] pero todos se abstienen de carne humana. ¿Qué clase de

---

[94] Ev.Mat. 26.10-11
[95] Ev.Mat. 28.20
[96] Cf. Ev.Juan. 6.53: «Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros».
[97] Nombres de pueblos fabulosos: literalmente y por orden, comedores «de piñas», «de raíces», de «reptiles» y de «ratones». Para los primeros cf. Strabo 499; para los segundos cf. Strabo 770; Ael. N.A 17.40; D.S. III 23.

lenguaje es entonces éste? Pues incluso aunque encierre alegóricamente un sentido mistérico y provechoso, el hedor de sus palabras atraviesa de algún modo por el oído y daña el alma turbándola por su repugnancia, con lo que arruina por completo su sentido oculto provocando que el hombre sienta el vértigo de la desgracia. Ni siquiera la naturaleza de los seres irracionales, por muy implacable e insoportable que sea la hambruna que experimente, tolerará esto jamás: ni un perro probará jamás la carne de perro ni ningún otro animal la de sus semejantes. Otros muchos autores inventaron tramas peregrinas, pero ninguno de ellos ideó un argumento trágico más peregrino que éste, ni historiógrafo, ni filósofo, ni bárbaro ni ninguno de los antiguos helenos. Mirad, pues, qué va a ser de vosotros si contra toda lógica os dejáis convencer con facilidad; considerar qué clase de mal habéis arrojado no sólo sobre los campos, sino sobre las ciudades. Me parece que por ello ni Marcos ni Lucas ni el propio Mateo han dejado esto por escrito, por entender que el dicho no es apropiado, sino peregrino, malsonante y tremendamente alejado de la vida civilizada.

(Mac.Magn. III 16) Examina también con detenimiento aquel capítulo en el que dice «a los que creyeron les acompañarán estos signos: impondrán las manos en los enfermos y sanarán; y si beben un veneno mortal, no les hará daño»[98]. Sería, pues, necesario que los elegidos para el sacerdocio y, sobre todo, los que aspiran a la dignidad episcopal se sometieran a este procedimiento de selección y se les colocara delante el veneno mortal con objeto de que prevaleciera sobre los demás el que no sufriera daño por la bebida ponzoñosa. Y si no se atreve a aceptar semejante procedimiento, que reconozcan que no creen en las palabras de Jesús. En efecto, si es propiedad de la fe vencer el daño del veneno y eliminar el sufrimiento del enfermo, el que cree y no puede hacer esto, o no cree verdaderamente o, si cree verdaderamente, no tiene una fe poderosa, sino débil.

(Mac.Magn. III 17) Repara en un dicho semejante a éste y consecuente con él: «si tuvierais una fe como un grano de mostaza, en verdad os digo que le diríais a ese monte “levántate y arrójate al mar”, y nada os lo impediría»[99]. Es evidente, pues, que el que no puede desplazar un monte con una orden no es digno de ser considerado de la hermandad de los fieles. Así que

[98] Cf. Ev.Marc. 16.17-18
[99] Cf. Ev.Mat. 17.20 y Ev.Luc. 17.6

convenceos claramente de que no sólo el resto de los cristianos no se cuenta entre los fieles, sino que tampoco ningún obispo o presbítero es digno de esta denominación.

(Mac.Magn. III 18) ¡Venga! Te citaremos también una célebre frase de este tipo. ¿Por qué cuando el Tentador le dice a Jesús «arrójate desde el templo»[100], él no lo hace, sino que le responde «no tentarás al Señor tu Dios»[101]? Lo dijo precisamente, en mi opinión, por miedo a caerse. En efecto, si, como decís, había obrado numerosos milagros, llegando incluso a resucitar a los muertos tan sólo con su palabra, tendría que haber demostrado sin vacilación que era capaz de salvar también a otros de los peligros arrojándose desde lo alto sin sufrir daño físico alguno; y mucho más al haber un pasaje de las Escrituras que se refiere a él diciendo «te llevarán en volandas para que jamás tropieces tu pie contra la piedra»[102]. De ahí que hubiera sido de toda justicia mostrar a los que se encontraban en el templo que era el Hijo de Dios y que podía salvarse de todo peligro a sí mismo y a los suyos.

(Mac.Magn III 19) Estas palabras, tan profusamente vertidas, producen, como es lógico, un gran desagrado y, por así decirlo, encienden contra sí mismas la batalla de la contradicción. En efecto, si se quisiera explicar coloquialmente aquellas otras palabras del Evangelio que Jesús le dirigió a Pedro cuando dijo «retírate de mí, Satanás, escándalo eres para mí, pues tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres»[103], y, en otro pasaje, «tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»[104] y «te daré las llaves del Reino de los Cielos...». Pues si condenó a Pedro hasta el extremo de llamarlo «Satanás», apartándolo de sí, y «escándalo» por alentar pensamientos nada divinos, y de maldecirlo de semejante manera por estar en pecado mortal, hasta el punto de que no quiso tenerlo a la vista en lo sucesivo, sino que lo arrojó de su lado a la masa de los réprobos sin nombre, ¿qué juicio cabe esperar contra el corifeo y primero de sus discípulos que llegue más lejos que esta declaración? Luego si alguien que esté sobrio rumia a conciencia estas palabras y, como si Cristo se hubiese olvidado de lo dicho contra Pedro, oyese a continuación lo de «tú eres Pedro, y sobre esta piedra

---

100 Cf. Ev.Mat. 4.6.

101 Ev.Mat. 4.7

102 Ps. 91.11-12, Ev.Mat. 4.6.

103 Ev.Mat. 16.23

104 Ev.Mat. 16.18

edificaré mi Iglesia» y lo de «te daré las llaves del Reino de los Cielos», ¿no va a partirse de risa? ¿No va a reírse a carcajadas como si estuviera en el teatro? ¿No va a lanzarle improperios? ¿No va a silbar con todas sus fuerzas? ¿No va a decirle a gritos a los presentes que o bien cuando llamó a Pedro «Satanás» estaba ebrio y decía palabras censurables por efecto del vino, o bien al hacerlo guardián de las llaves del Reino estaba dando forma sensible a sus sueños con su fantasía onírica? Pues ¿cómo va a ser Pedro capaz de soportar los cimientos de la Iglesia, un hombre que vaciló mil veces por la flaqueza de su voluntad? ¿Qué razonamiento firme se ha podido observar en él o en qué ocasión hizo gala de una determinación insobornable si a causa de una miserable sierva experimentó una turbación terrible al oír la palabra «Jesús», si juró tres veces en falso sin que lo apremiara una gran necesidad?[105] En definitiva, si al que chocó de este modo con la cima misma de la piedad se apresuró a llamarlo con toda razón «Satanás», es absurdo que después, como ignorando lo que había hecho, le entregara el gobierno supremo.

(Mac.Magn. III 20) Que Pedro es acusado de haber errado en numerosas ocasiones se deduce de aquel pasaje en el que Jesús le dijo: «No te digo que hasta sesenta, sino que hasta setenta veces siete le perdonarás su falta al pecador»[106]. Pues bien, el que había recibido este mandamiento y esta norma le corta la oreja al esclavo del Sumo Sacerdote, que no había cometido falta alguna, y lo amonesta sin que para nada hubiese pecado[107]¿Qué pecado había cometido si acudió al prendimiento de Cristo por orden de su señor?

(Mac.Magn. III 21) Este Pedro es convicto de haber cometido injusticia también en otras ocasiones. Así, a un varón de nombre Ananías y, con él, a su mujer, llamada Safira, por no haber depositado el importe completo de la venta de su propiedad y haber reservado una pequeña parte para sus propias necesidades, les dio muerte sin que hubieran cometido injusticia alguna[108]. ¿Qué injusticia habían cometido por no querer entregar graciosamente todos sus bienes? Y si consideraba injusticia este acto, tendría que haber recordado el mandamiento de Jesús, que había enseñado a perdonar los pecados hasta cuatrocientas noventa veces, y haber perdonado este único pecado si es que

---

[105] Ev.Mat. 26. 69-75

[106] Ev.Mat. 18.22

[107] Ev.Mat. 18.22.

[108] Hechos. 5.1-11.

aquella acción constituía en realidad un pecado. Y por lo demás debería haber reparado en esto otro, a saber, en cómo al jurar que no conocía a Jesús no sólo mintió, sino que incluso incurrió en perjurio menospreciando el Juicio inminente y la resurrección.

(Mac.Magn. III 22) Este jefe del coro de los discípulos, al que Dios había enseñado a despreciar la muerte[109], al ser arrestado por Herodes y escaparse, se convirtió en motivo de castigo para sus carceleros. En efecto, habiéndose fugado por la noche, el clamor entre los soldados, cuando se hizo de día, era cómo había podido salir; y Herodes, que mandó buscarlo y no lo encontró, procesó a sus guardianes y ordenó que «fueran retirados», esto es que se les decapitase[110]. Cabe preguntase, pues, con asombro cómo Jesús entregó las llaves de los cielos a Pedro, siendo como era, cómo pudo decirle «apacienta a mis corderos»[111] a alguien que se debate en una turbación tan grande y se derrumba ante asuntos tan importantes, si es que su rebaño son los fieles que avanzan hacia el misterio de la iniciación y los corderos constituyen la asamblea de los aún catecúmenos, que se alimentan aún de la suave leche del adoctrinamiento[112]. Sin embargo, consta que Pedro, después de haber alimentado a su rebaño durante apenas unos pocos meses, fue crucificado, aunque Jesús había dicho que «las puertas del Hades no prevalecerían sobre él»[113]. Y también Pablo había condenado a Pedro cuando dijo: «pues antes de que llegaran unos de parte de Santiago, él comía con los gentiles; pero cuando llegaron, se apartó de ellos por temor a los de la circuncisión; y muchos judíos fueron de la misma opinión que él»[114]. Aquí se contiene una grande y grave acusación: que un hombre que ha llegado a ser intérprete de la palabra de Dios viva hipócritamente y actúe para complacer a los hombres y que incluso lleve a una mujer consigo, pues Pablo también lo dice: «¿acaso no tenemos derecho a llevar con nosotros a una mujer hermana como el resto de los Apóstoles y Pedro?»[115] Y añade a continuación: «pues tales hombres

---

[109] Cf. Ev.Mat. 10.28 y Ev.Luc 12.4.
[110] Hechos. 12.18-19.
[111] Juan. 21.15
[112] Cf. 1 Ep.Cor. 3.2, Ep.Hebr. 5.12ss.
[113] Ev.Mat. 16.18: Cristo se refiere a la Iglesia.
[114] Cf. Ep.Gal. 2.12-13.
[115] 1 Ep.Cor. 9.5.

son falsos apóstoles, obreros taimados»[116]. En definitiva, si consta que Pedro se vio envuelto en tantas maldades, ¿cómo no hay que temblar ante la sospecha de que el que guarda las llaves del cielo y ata y desata es un hombre implicado en miles de actos indignos?[117]

(Mac.Magn.III 30) Luego si te mantienes firme y te resulta transparente en lo que respecta a estas dificultades[118], explícanos por qué nos dice Pablo lo siguiente: «Porque soy libre», afirma, «me he hecho esclavo de todos, para ganármelos a todos» [119] ¿Y cómo es que si llama «mutilación» a la circuncisión[120], circuncida él mismo en Listra a un tal Timoteo, según cuentan los Hechos de los Apóstoles?[121] ¡Que necedad la de estas palabras! Semejante puesta en escena –artificios para provocar la risa– es propia de las presentaciones teatrales. ¡Qué maravilla de cambio de vestuarios! Pues ¿cómo puede ser libre el que es esclavo de todos? ¿Cómo puede ganarse a todos el que a todos complace? Si, en efecto, se unía a los que están sin Ley como quien está sin Ley, según sus propias palabras[122], y a los judíos como quien es judío, y a todos de la misma manera, era el verdadero esclavo de una maldad multiforme, ajeno y hostil a la libertad, un genuino ministro y servidor de males insólitos y un notable seguidor de prácticas innobles, alguien que convivía de continuo con la maldad de los que viven sin Ley y asumía sus formas de actuar. No cabe que estas opiniones sean propias de un alma sana ni que su exposición proceda de las reflexiones de un hombre libre; el contenido de su discurso corresponde más bien a un hombre de mente febril y raciocinio enfermo, pues si convive con los que están sin Ley y abraza por escrito el judaísmo, al participar de ambos se confunde con ambos y se ve mezclado e implicado en los delitos de gente indeseable. En efecto, quien proscribe la circuncisión hasta el punto de maldecir al os que quieren practicarla y a pesar de ello circuncida se convierte en su propio y

[116] 2 Ep.Cor. 11.13.
[117] Cf. Ev.Mat. 16-19.
[118] Incluido por Goulet en el fragmento, al contrario que Harnack.
[119] 1 Ep.Cor. 9.19.
[120] Cf. Ep.Filip. 3.2
[121] Act.Ap. 16.2-3.
[122] Cf. 1 Ep.Cor. 9.20-21.

principal acusador cuando dice: «si vuelvo a edificar lo que derribé, me declaro a mí mismo transgresor»[123].

(Mac.Magn. III 31) Nuestro hombre, que tan generosamente habla, parece como si hubiera olvidado sus propias palabras cuando le dice al tribuno que no es judío sino romano[124], aunque antes había dicho: «Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia y educado a los pies de Gamaliel, instruido en la observancia de la Ley de nuestros padres»[125]. Pero la verdad es que quien dice «yo soy judío» y «yo soy romano» no es ninguna de las dos cosas, por mucho que se adscriba a ambos, pues quien con fingimiento dice lo que no es representa dolosamente un papel y, colocándose la máscara del engaño, falsifica la evidencia y hurta la verdad, acosando de uno u otro modo al sentido común y esclavizando con su arte hechicera a los ingenuos. Así que si Pablo finge ser por un lado judío, por otro romano, bien ajeno a la Ley, bien heleno, mostrándose cuando quiere extraño y hostil a una y otra cultura o haciéndose furtivamente pare de cada una, termina por desvirtuarlas a ambas, pues con su adulación priva a cada una de sus principios. Luego es obviamente un mentiroso[126] y un compañero de la mentira. Y es inútil que afirme lo de «digo la verdad en Cristo, no miento»[127], pues alguien que hace poco adoptaba la pose de la Ley y ahora la del Evangelio es con toda justicia tanto en su vida pública como en la privada un malvado y un corrupto.

(Mac.Mag. III 32) Que difunde el Evangelio por la vanagloria, y la ley por la codicia, está claro en sus palabras: «¿Quién emprende una campaña militar a sus expensas? ¿Quién pastorea un rebaño y no se alimenta de la leche del rebaño?»[128] Y a fin de ratificar estas palabras toma a la Ley como abogada de su codicia diciendo: «¿O es que la Ley no dice también esto? Porque en la Ley de Moisés está escrito: 'No pondrás bozal al buey que trilla'»[129]. Después añade esa frase vacía y sin sentido que margina a los seres irracionales de la providencia divina: «¿Le preocupan a Dios los bueyes o lo

---

[123] Ep.Gal. 2.18.
[124] Cf. Act.Ap. 22.25-19.
[125] Act.Ap. 22.3. con una pequeña variación: «y educado en esta ciudad, a los pies de Gamaliel...».
[126] Cf. Ev.Juan 8.44: «porque es falso y padre de la mentira».
[127] Ep.Rom. 9.1.
[128] 1 Ep.Cor. 9.7.
[129] 1 Ep.Cor. 9.8-9.

dice por nosotros? En efecto, se escribió por nosotros»[130]. A mí me parece que al decir esto ofende gravemente la sabiduría del Creador, al pensar que su providencia no llega a los seres que en otro tiempo creó. Pues si a Dios no le preocupan los bueyes, ¿por qué está también escrito «todo lo pusiste bajo sus pies: rebaños y vacas, ganado y peces»[131]? Si de hecho tiene en cuenta a los peces, mucho más aún a los esforzados bueyes de labor. Me maravilla, por lo tanto, este farsante, que tributa honores a la Ley por avaricia y por obtener de sus discípulos una contribución suficiente.

(Mac.Magn. III 33) A continuación, revolviéndose de repente como el que, sacudido por un sueño, se despierta de golpe, dice lo siguiente: «Yo, Pablo, afirmo que si alguien cumple un solo punto de la Ley, está obligado a cumplir la Ley entera»[132], lo que no es sino decir que no hay que hacer caso en absoluto a lo que dice la Ley. Este hombre singular, sensato, inteligente, educado en la observancia estricta de la Ley de sus padres, que cita tantas veces oportunamente a Moisés, destruye en su enseñanza el mandamiento de la Ley, como empapado en el vino y en la embriaguez, cuando le dice a los gálatas: «¿quién os embrujaba para no obedecer a la verdad?»[133], ¿esto es, al Evangelio? Después se vale de expresiones tremendas y convierte en algo terrible la obediencia a la Ley cuando dice que «cuantos parten de las obras de la Ley están bajo una maldición»[134]. El que le dice a los romanos que «la Ley es espiritual»[135] y que «la Ley es santa y el mandamiento, santo y justo», sujete a una maldición a los que obedecen lo que es santo. A continuación, revolviendo de arriba abajo la naturaleza del asunto lo confunde todo y lo torna oscuro, hasta el punto de que poco le falta al que lo escucha para perder el equilibrio y, como en la noche, estrellarse contra ambos peligros –tropezar con la Ley y chocar con el Evangelio– por la confusión nacida de la impericia de su guía.

(Mac.Magn. III 34) ¡He aquí, en efecto, he aquí lo que dice el sabio! Después de haber tomado miles de citas de la Ley como apoyo, ha privado también a sus propias palabras de valor normativo al decir que «la Ley se

---

[130] 1 Ep.Cor. 9.9-10.
[131] Ps. 8.7-9.
[132] Cf. Ep.Gal. 5.3.
[133] Cf. Ep.Gal. 3.1; 5.7
[134] Ep.Gal. 3.10.
[135] Ep.Rom. 7.14.

introdujo para que proliferase el delito»[136] y que «el aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado, la Ley»[137]. Prácticamente afilando su lengua como una espada, el que a menudo exhortaba a obedecer a la Ley y proclamaba loable vivir de acuerdo con ella descuartiza la Ley sin contemplaciones. Habiendo adoptado esta opinión inculta, por así decirlo, por su conducta cotidiana, ha echado por tierra punto por punto sus propios juicios.

(Mac.Magn. III 35) De hecho, aunque prohíbe comer alimentos sacrificados a los ídolos, enseña, por el contrario, a mostrarse indiferente en estos asuntos, diciendo que no hay que mostrar mucho celo ni andar inquiriendo sobre ello, sino comer incluso alimentos sacrificados a ídolos, salvo que se nos advierta de ello. Que lo prohíbe está atestiguado cuando dice: «lo que sacrifican lo sacrifican a demonios; y no quiero que vosotros entréis en comunión con los demonios»[138]. Pero a pesar de decir y escribir esto, se refiere con indiferencia, por el contrario, a los alimentos cuando dice: «sabemos que un ídolo no es nada en el mundo y que nadie es Dios más que uno»[139]; y poco después: «la comida no os recomendará ante Dios, ni por comer somos más ni por no comer somos menos»[140]. A continuación, después de semejante verborrea se puso a rumiar, como tumbado en su lecho, diciendo: «Comed todo lo que se vende en el mercado, sin examinar por escrúpulo de conciencia, porque la tierra y todo lo que contiene es del Señor»[141]. ¡Qué inusitado hallazgo cómico! ¡Qué discurso que se pasa a sí mismo por la espada! ¡Qué original flechazo que apunta y alcanza al mismo que lo dispara!

(Mac.Magn. III 36) Hemos encontrado en sus *Epístolas* unas palabras semejantes a éstas, cuando en su alabanza de la virginidad, cambiando una vez más de opinión, escribe: «al final de los tiempos algunos abandonarán la fe prestando oídos a los espíritus del extravío: impedirán el matrimonio y prohibirán alimentos»[142]. Y en la *Primera Epístola a los Corintios* dice: «sobre

---

[136] Ep.Rom. 5.20.
[137] 1 Ep.Cor. 15.56
[138] 1 Ep.Cor. 10.20.
[139] 1 Ep.Cor. 8.4.
[140] 1 Ep.Cor. 8.8.
[141] 1 Ep.Cor. 10.25-26.
[142] 1 Ep.Ti. 4.1-3.

los solteros no tengo mandato del Señor»[143]. Luego el que guarda su virginidad no actúa correctamente, ni tampoco el que se abstiene del matrimonio por seguir el consejo de un hombre malvado, aunque no tiene mandato de Jesús sobre la virginidad. ¿Y cómo es que algunas que guardan la virginidad alardean de ello como de algo importante y dicen que están llenas del Espíritu Santo igual que la que parió a Jesús?

(Mac.Magn. IV 1) ¿Cómo es que dice Pablo que la apariencia del mundo va a cambiar?[144] ¿Y cómo puede ser que los que tienen sean como si no tuvieran, y los que gozan como si no gozaran[145], y que haya que dar crédito a los restantes chismes de vieja? Pues ¿cómo va a ser posible que el que tiene sea como si no tuviera? ¿Quién se va a creer que el que goza sea como si no gozara? ¿O cómo puede ser que cambie la apariencia de este mundo? ¿Quién será el que la haga cambiar y para qué? Pues si fuera el Demiurgo el que la hiciera cambiar, se le acusaría de remover y alterar lo sólidamente establecido; y si hace cambiar su apariencia para mejorarlo, también por esto recibirá reproches, por no haber sido consciente en el momento de la creación de la apariencia que se ajustaba y convenía al mundo, sino que lo creó desprovisto de la organización óptima, imperfecto, por así decirlo. ¿Cómo saber entonces que, pasado el tiempo, será en un cambio hacia el bien en lo que culminará algún día la naturaleza del mundo? ¿De qué sirve alterar la ordenación de los fenómenos? Pues si la realidad que vemos es triste y causa de aflicción, el clamor por ello se alza también contra el Demiurgo, que se hizo merecedor de un abucheo por haber ensamblado el mundo con piezas que causan dolor y perturban la naturaleza racional, y por haber decidido, arrepintiéndose de lo hecho, cambiar el universo. ¡No vaya a ser que Pablo esté enseñando con este discurso que el que tiene piense como si no tuviera, ya que el Creador, que posee el mundo, haciendo que cambie su apariencia actúa como si no lo tuviera, y que esté diciendo que el que goce piense como si gozara, ya que el Demiurgo, al contemplar su deliciosa y brillante creación, no siente gozo, sino que, como dolorido por ella en muchos aspectos, ha resuelto cambiarla y transformarla! Dejemos de lado este asunto con la sonrisa que se merece.

---

[143] 1 Ep.Cor. 7.25.

[144] 1 Ep.Cor. 7.31.

[145] Cf. 1 Ep.Cor. 7.29-31.

(Mac.Magn. IV 2) Veamos otro disparatado y errado sofisma pronunciado por él cuando dice: «Nosotros, los vivos, los supervivientes, no nos adelantaremos a los que ya durmieron ante la venida del Señor, porque el Señor en persona, cuando se dé la orden, a la voz del arcángel y al toque de la trompeta de Dios, bajará del cielo, y resucitarán en primer lugar los que murieron en Cristo; luego nosotros, los que estamos vivos, junto con ellos seremos arrebatados entre las nubes al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor»[146]. ¡Una cuestión ésta de proporciones en verdad celestiales y suspendida en el aire! ¡Una mentira desmesurada y excesiva! Incluso si se le canta a las bestias carentes de razón, se las obliga a responder con balidos y graznidos en estruendo confuso cuando entienden que hombres de carne y hueso van a volar por el aire como las aves o que se elevan sobre una nube. ¡Mucha es la jactancia de esta palabrería! ¡Que criaturas oprimidas por la pesada carga de sus cuerpos adopten la naturaleza de los alados pájaros y surquen, como un mar, el inmenso aire utilizando una nube como vehículo! ¡Ojalá fuera posible! Pero se trata de algo portentoso y ajeno al orden natural, pues la naturaleza demiúrgica ha asignado desde el principio a los seres sus lugares adecuados y ha establecido que tengan sus sedes correspondientes: el mar los acuáticos, la tierra firme a los terrestres, el aire los alados y el éter los que resplandecen. Luego si uno de ellos abandona su morada propia, se perderá por haberse trasladado a una residencia y a una morada ajenas. Así, por ejemplo, si pretendieras coger a un ser acuático y lo obligas a vivir en tierra firme, perecerá y desaparecerá sin más. Del mismo modo, si a uno alado, no resistirá; y si a un cuerpo estelar lo desplazas del éter, no subsistirá. Pero el Verbo divino y eficaz de Dios no obró así ni lo hará jamás, aunque pueda alterar los destinos de los seres, pues ni actúa ni quiere actuar conforme a su poder, sino que cumple la ley del buen orden en función del orden natural que preserva a los seres. Así que, aunque esté en su mano, no hace que se navegue por la tierra, ni que el mar, a su vez, se are y se cultive, ni, conforme a su poder, hace de la virtud vicio ni del vicio virtud, ni va a procurar que el hombre se dote de alas ni que los astros estén abajo y la tierra arriba. Por ello es razonable pensar que la afirmación de que los hombres serán arrebatados un día por el aire es completamente absurda. Por otro lado, es muy evidente la mentira de Pablo cuando dice «nosotros

[146] 1 Ep.Tesa. 4.15-18. Con alguna variación.

los vivos»[147], pues han pasado trescientos años desde que habló y nada, ni siquiera el propio Pablo, se ha visto jamás arrebatado junto con otros cuerpos. Pero callamos ya también sobre estas palabras de Pablo que hemos sometido a refutación.

(Mac.Magn. IV 3) Por el contrario, hay que recordar lo que dijo Mateo[148], como encerrado en un molino: «Y el Evangelio del Reino será predicado en todo el orbe, y entonces vendrá el fin». Considera que todo rincón del mundo tiene conocimiento del Evangelio, y que todos –por doquier– y todos los confines del mundo poseen el Evangelio, y que a ningún lugar ha llegado el fin ni llegará jamás.

(Mac.Magn. IV 4) Veamos lo dicho por Pablo: «Y dijo el Señor durante la noche por medio de una visión a Pablo: 'no tengas miedo, sino sigue hablando, pues estoy contigo, nadie te podrá las manos encima para dañarte'»[149]. Y no estaba aún en Roma este fanfarrón cuando fue apresado y decapitado, el que decía «juzgaremos a los ángeles»[150]. Por otro lado, Pedro, aunque había obtenido el poder de «apacentar a los corderos»[151], sufrió el suplicio de la crucifixión. Y muchísimos otros que compartían el credo de éstos fueron unos quemados y otros aniquilados tras recibir castigo o escarnio. Esto no es digno de la voluntad de Dios, ni siquiera de la de un varón piadoso, a saber, que una masa de hombres reciba un castigo inhumano por agradarle y depositar en él su fe cuando la resurrección y la venida que se espera resultan inciertas.

(Mac.Magn. IV 5) Se puede citar otro dicho obviamente equívoco: cuando Cristo dice «cuidado que alguno no os extravíe, pues muchos vendrán en mi nombre diciendo 'yo soy el Cristo' y extraviarán a muchos»[152]. Pero he aquí que han pasado trescientos años y más[153] y no ha aparecido nadie así, A no ser que os refiráis a Apolonio de Tiana, varón ornado con

---

[147] 1 Ep.Tesa. 4.15-18. Referencia al texto al comienzo del fragmento.

[148] Ev.Mat. 24.14. Macario abrevia el texto de Mateo, que se extiende hasta 24.16.

[149] Hechos de los apóstoles, 18.9-10.

[150] 1 Ep.Cor. 6.3.

[151] Cf. Ev.Juan. 21.15.

[152] Ev.Mat. 24.4-13.

[153] Para Harnack se trata de una corrección de Macario pensando en sus lectores contemporáneos. Harnack entiende que el texto de Porfirio diría «doscientos».

toda clase de filosofía, pues no encontraríais a otro. Él, sin embargo, no habla de uno, sino de muchos: «surgirán»[154].

(Mac.Magn. IV 6) Por lo superfluo que es, cítese también lo que se dice en el Apocalipsis de Pedro, que sugiere de este modo que el cielo será juzgado junto con la tierra: «la tierra, afirma, presentará a todos ante Dios en el día del juicio y ella misma habrá de ser juzgada junto con el cielo que la abarca». Nadie hay tan inculto ni tan estúpido que no sepa que el ámbito de la tierra está sometido a la confusión y por su propia naturaleza no puede mantenerse en orden, sino que es mudable, mientras que lo que hay en el cielo mantiene de continuo un orden inmutable, procede siempre del mismo modo y no cambiará jamás, pues constituye la obra más perfecta de Dios. De ahí que sea inconcebible la disolución de algo que merece una consideración superior por estar fundado en un decreto divino e intocable. ¿Por qué razón habrá de ser juzgado el cielo? ¿Con qué culpa comparecerá en ese momento el que guarda el orden establecido por Dios desde el principio y permanece siempre idéntico? A no ser que se argumente calumniosamente ante el Creador que el cielo merece juicio en la idea de que el Juez va a tolerar que se digan tamañas barbaridades contra él.

(Mac.Magn. IV 7) También pronuncia, por otro lado, aquella frase que está llena de impiedad y que dice así: «se deshará toda potencia del cielo y el cielo se enrollará como un papiro, y todos los astros caerán como caen las hojas de la vid y las hojas de la higuera»[155]. Y a partir de esta monstruosa falacia y arrogante palabrería también se afirma pomposamente lo siguiente: «el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»[156]. ¿Hay alguien que pueda decir que las palabras de Jesús permanecerían si el cielo y la tierra ya no existieran? Por otro lado, si Cristo hiciera esto y derribase el cielo, estaría emulando a los más impíos de los hombres, incluso aquellos que destruyen a sus propios hijos. En efecto, que Dios es el padre del cielo y la tierra lo reconoce su hijo cuando dice «Padre, Señor del cielo y de la tierra»[157]. Juan Bautista, por su parte, enaltece el cielo y dice que las gracias divinas proceden de él cuando afirma: «nadie puede hacer nada si no le viene

---

[154] Ev.Mat. 24.11: «surgirán muchos falsos profetas».

[155] Is. 34.4.

[156] Ev.Mat. 24.35

[157] Ev.Mat. 11.25

dado del cielo»[158]; y los profetas dicen que el cielo es la santa morada de Dios: «vuelve los ojos desde tu santa morada, el cielo, y bendice a tu pueblo, Israel»[159]. Si pasara el cielo, cuya enormidad y grandeza están atestiguadas, ¿qué trono le iba a quedar a su soberano? Y si también se destruye el fundamento de la tierra, ¿cuál será el escabel del que se sienta? Si, como dice él mismo, «el cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies»[160] Esto en lo que respecta a lo de que el cielo y la tierra desaparecerán.

(Mac.Magn. IV 8) Pero tenemos, como en plena noche, otra doctrina más fabulosa que ésta: «el Reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza»; por otro lado, «el Reino de los cielos es semejante a la levadura»; y también «es semejante a un comerciante que busca hermosas perlas»[161]. Estos son historietas impropias no ya de hombres, sino de mujeres intérpretes de sueños, pues cuando se da cuenta de realidades sublimes o divinas conviene recurrir por mor de la claridad a ejemplos normales y al alcance de cualquiera, no ramplones e incomprensibles. Pero estas frases, además de ser bajas e impropias de semejantes materias, no poseen en sí mismas ni inteligibilidad ni claridad alguna. Y eso que convenía que fueran tremendamente claras ya que no fueron escritas para sabios ni entendidos sino para simples.

(Mac.Magn. IV 9) Si es que hay que volver sobre aquella cuestión: cuando Jesús dice «yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y entendidos y las revelaste a los simples»[162]. Y también está escrito en el Deuteronomio: «lo oculto es del señor, nuestro Dios, y lo revelado, de nosotros»[163]. Por lo tanto, es preciso que sea bien claro y sin enigmas lo escrito para los simples y los ignorantes. Luego si los misterios están ocultos para los sabios y manan a borbotones, contra toda lógica, para los simples y los niños de pecho, es mejor buscar la irracionalidad y la ignorancia. He aquí el gran logro de la sabiduría del que ha venido a nosotros: ocultar a los sabios el brillo del conocimiento y revelarlo a los insensatos y a los críos.

---

[158] Ev.Jo. 3.27.
[159] De. 26.15.
[160] Is.66.1.
[161] Ev.Mat. 13.31; 13.33; 13.45.
[162] Ev.Mat. 11.25.
[163] De. 29.28.

(Mac.Magn. IV 10) Es lícito examinar este otro planteamiento mucho más hábil –hablo por antífrasis–: «los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos»[164]. Cristo recitaba estas palabras a la multitud en relación con su propia venida. En efecto, si es por los enfermos, según él mismo dice, por sus pecados, por lo que vino, ¿no estaban acaso enfermos nuestros padres y no lo estaban nuestros antepasados por sus pecados? Si «los sanos no tienen necesidad de médico» ni «vino a llamar a los justos al arrepentimiento, sino a los pecadores»[165], y si Pablo dice que «Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero»[166]; si, en efecto, esto es así y «el extraviado» es llamado y el enfermo curado, y se llama al injusto pero al justo no se le llama, el que no ha sido llamado y no necesita de la curación que ofrecen los cristianos estaría libre de errores y sería justo: luego el que no necesita medicina resulta ser el que se aparta de la doctrina de los fieles, y cuanto más se aparte, más justo será, y sano y libre de errores.

(Mac.Magn. IV 19) Con mucha razón Homero, dirigiéndose en verso a los griegos, ordenaba que el ardor de los helenos, aprendido como era, se aplacase, y dio a conocer la frágil propuesta de Héctor: «conteneos, argivos, decía, no disparéis, hijos de los aqueos, pues hace ademán de dirigirnos la palabra Héctor, de tremolante casco»[167]. Así que ahora mismo todos nos vamos a sentar tranquilos, pues nos lo pide el intérprete de las doctrinas cristianas [168], y asegura poder interpretar los capítulos oscuros de las Escrituras. Dinos, pues, amigo, pues seguimos de cerca tu exposición, qué es lo que dice el Apóstol: «Sin embargo, así erais algunos –se refiere a su condición abyecta–, pero os lavasteis, pero fuisteis santificados, pero fuisteis rehabilitados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios»[169]. Nos quedamos, sin duda, maravillados y verdaderamente atónitos ante semejantes palabras: que un hombre con semejantes manchas e impurezas se le considere limpio por lavarse una sola vez; que mancillado

[164] Ev.Luc. 5.31.
[165] Ev.Luc. 5.32.
[166] 1 Ep.Ti. 1.15.
[167] Il. III 82-83.
[168] Pablo.
[169] 1 Ep.Cor. 6.11. Cf. 1 Ep.Cor. 6.9-11: «No os llaméis a engaño: los inmorales, idólatras, adúlteros, invertidos, sodomitas, ladrones, codiciosos, borrachos, difamadores o estafadores no heredarán el Reino de Dios. Eso erais algunos antes...».

con tantas infamias a lo largo de su vida (lujuria, adulterio, ebriedad, hurto, homosexualidad, hechicería y mil delitos abyectos y aborrecibles), tan solo con ser bautizado e «invocar el nombre de Cristo»[170], se vea liberado fácilmente de toda mancha igual que la serpiente se despoja de su piel vieja. A partir de ahora ¿quién va a dejar de atreverse a todos los males decibles e indecibles y de hacer lo que no es tolerable que se diga ni se haga, sabiendo que obtendrá la absolución por tantas acciones infames tan solo con creer, bautizarse y esperar después conseguir el perdón «del que ha de juzgar a vivos y a muertos»[171]? Estas palabras invitan a pecar al que las escucha; estas palabras enseñan, una por una, a cometer actos ilícitos; estas palabras son capaces de desterrar la enseñanza de la ley y de hacer que la justicia carezca de todo vigor contra la injusticia; estas palabras introducen en el mundo un estado de anarquía y enseñan a no temer en absoluto la impiedad desde el momento en que un hombre, con solo bautizarse, se deshace de un cúmulo de incontables crímenes. Ésta es la astuta invención de la doctrina.

(Mac.Magn. IV 20) Sin embargo, investiguemos detalladamente lo de la monarquía del Dios único y la poliarquía de los dioses que reciben culto, pues ni siquiera sé explicar el sentido de aquella monarquía. Monarca no es, en efecto, quien está sólo, sino quien gobierna solo; y gobierna, como es natural, a sus congéneres y semejantes, como es el caso del emperador Adriano, que se convierte en monarca no por estar solo o por gobernar a vacar u ovejas –a las que de hecho gobiernan sus postores respectivos–, sino porque reinó sobre hombres de su mismo género y de su misma naturaleza. Del mismo modo, Dios no recibiría con propiedad el nombre de «monarca» si no gobernara sobre dioses: esto es lo adecuado a la grandeza divina y a la gran dignidad celestial.

(Mac.Magn. IV 21) Pues si afirmáis que los ángeles –a los que nosotros llamamos dioses por su proximidad a la divinidad– están junto a Dios impasibles, inmortales y de naturaleza incorruptible, ¿qué sentido tiene discutir sobre su nombre o considerar tan solo la diferencia de sus denominaciones? Pues los romanos también llaman Minerva a la que los griegos llaman Atenea, y los egipcios, los sirios y los tracios la denominan de otra manera sin que por ello se amolde a la diferencia de las denominaciones

---

[170] Act.Ap. 2.21, etc.
[171] 2 Ep.Ti. 4.1.

o pierda el título de divinidad. No hay, en efecto, mucha diferencia entre llamarlos «dioses» o «ángeles» dado que su naturaleza divina viene atestiguada cuando Mateo escribe lo siguiente: «Y Jesús les respondió; estáis equivocados pues ni conocéis las escrituras ni el poder de Dios; en la resurrección ni los hombres ni las mujeres se casarán, sino que serán como ángeles en el cielo»[172]. Luego una vez reconocido que los ángeles participan de la naturaleza divina, los que le rinden el culto debido a los dioses no creen que el dios sea de la madera, de la piedra o del bronce con el que está fabricado el ídolo, ni si se mutila una parte de la imagen juzgan que se quede privada de la potencia del dios. Las estatuas y los templos de los antiguos se erigieron como recordatorio, para que los que los frecuentaran en los ratos libres y se mantuvieran puros alcanzaran un conocimiento del dios o se dirigieran a él con súplicas o plegarias al pedirle cada uno lo que necesitaba. Si uno, en efecto representa la imagen de un ser querido, es obvio que no cree que el ser querido esté en aquélla ni que los miembros de su cuerpo estén contendidos en los miembros de la pintura, sino que lo que demuestra por medio de la imagen es su consideración por la persona querida. Del mismo modo, los sacrificios dirigidos a los dioses más que proporcionarle honor a aquéllos son demostrativos de la voluntad de quienes les rinden culto y de que no se muestran desagradecidos para con ellos. Y naturalmente la figura de las imágenes es antropomórfica, pues se cree que el hombre es el más bello de los seres vivos e imagen de Dios. Y se puede reforzar esta opinión con otro pasaje que asegura que Dios tiene dedos con los que escribe cuando dice: «y le di a Moisés las dos tablas de piedra escritas por el dedo de Dios»[173]. Por otro lado, también los cristianos imitan la construcción de templos y levantan grandes edificios en los que se reúnen para rezar, sin que, no obstante, nadie les impida hacerlo en sus casas, ya que, por supuesto, el Señor escucha en todas partes.

(Mac.Magn. IV 22) Y si algún Heleno es tan simple como para creer que los dioses habitan dentro de las estatuas, mucho más sano tiene, sin embargo, su juicio que el que cree que la divinidad penetró en el vientre de la Virgen María, que se convirtió en feto y que, una vez parida, fue envuelta en

172 Ev.Mat. 22. 29-30.

173 Ex. 31.18.

pañales[174], llena de sangre de la placenta, de bilis y de otras cosas aún más insólitas que éstas.

(Mac.Magn. IV 23) Podría mostrarte que incluso en la Ley aparece el muy venerable nombre de los dioses, cuando proclama e instruye con gran majestad a quien lo escucha: «no blasfemarás contra los dioses ni maldecirás al jefe del pueblo»[175]. Con estos «dioses» no se está refiriendo a otros que a los de nuestra tradición, de los que también tenemos noticia cuando dice «si no andas en pos de dioses»[176] y, una vez más, «si seguís y adoráis a otros dioses»[177]. De hecho, no sólo Moisés no se está refiriendo a los hombres, sino a los dioses que nosotros honramos, sino que también Josué, su sucesor, le dice al pueblo: «Así que ahora temedlo y adoradlo sólo a Él, y desprendeos de los dioses que adoraron vuestros padres»[178]. E incluso Pablo habla no de hombres, sino de seres incorpóreos: «aun si existen los llamados dioses y señores, que son muchos, tanto en la tierra como en el cielo, para nosotros sólo hay un Dios y Padre del que todo procede»[179]. Por ello mucho os equivocáis si creéis que a Dios le irrita que a algún otro se le llame también Dios y reciba su misma denominación, cuando ni los gobernantes envidian a los súbditos ni los señores a los esclavos por tener el mismo nombre: no es lícito, en efecto, creer que Dios es más mezquino que el hombre. Baste con esto en lo que respecta a la existencia de los dioses y el deber de venerarlos.

(Mac.Magn. IV 24) Hay que hacer nuevas consideraciones sobre la resurrección de los muertos. ¿Por qué iba a hacer esto Dios y a eliminar así sin más la sucesión, hasta ahora vigente, de los seres vivos, según la ley que promulgó desde el principio, por la que determinó que las especies sobrevivieran y que no se extinguieran? Lo que Dios decidió una sola vez y se ha venido observando desde siempre conviene que así sea para siempre y que no recibe reproches del Demiurgo[180] ni que sea destruido como si procediese del hombre y fuese obra mortal erigida por un mortal. Luego sería

[174] Ev.Luc. 2.7.
[175] Ex. 22.27.
[176] Je. 7.6.
[177] De. 13.3
[178] Jo. 24.14
[179] 1 Ep.Cor. 8.5-6.
[180] El Demiurgo de la tradición platónica en cuanto a la divinidad subordinada al Dios supremo.

ilógico que la resurrección siguiese a la destrucción del todo, que resucitara al que hubiese muerto tres días antes, si acaso, de la resurrección, y con él a Príamo y a Héctor, que habían muerto mil años antes, y a otros que murieron antes desde los orígenes del hombre. El que se ponga a considerar todo esto descubrirá que lo de la resurrección es una absoluta estupidez. Muchos, y muy a menudo, murieron, en efecto, en el mar, y sus cuerpos fueron comidos por los peces, y muchos fueron pasto de las aves y las fieras terrestres: ¿cómo van a poder resurgir, entonces, sus cuerpos? Pero venga, examinemos con detalle lo que acabaos de decir. Por ejemplo, uno muere en un naufragio y a continuación los salmonetes se alimentan de su cuerpo; después unos hombres lo pescan y se los comen, pero son asesinados y devorados por los perros; y con los miembros de los perros, una vez muertos, se dan un festín los cuervos y los buitres: ¿cómo se va a recomponer el cuerpo del náufrago se ha sido consumido por tantos animales? Y aquel que haya sido consumido por el fuego o aquel otro que tras su muerte haya sido pasto de los gusanos, ¿cómo van a poder retornar a su ser original? Pero me dirás que esto es posible para Dios, lo que no es verdad, pues Dios no lo pude todo: es obvio que no puede hacer que Homero no haya sido poeta, ni que Ilión no haya sido tomada, ni siquiera podría hacer que dos por dos, que son matemáticamente cuatro, sumen cinco, por mucho que así lo decidiera. Y tampoco podría Dios hacerse malo jamás, aunque quisiera, y, por ser bueno, no podría faltar a su naturaleza. Ahora bien, el no poder faltar a ella ni hacerse malo no le sucede a Dios por debilidad, pues a los que por su naturaleza están preparados y dispuestos para algo, si hay algo que les impide realizarlo es evidentemente su debilidad; pero Dios es bueno por naturaleza y nada le impide ser malo; sin embargo, aunque nada le impida hacerse malo, le es imposible hacerlo. Considerad también cuán absurdo sería que el Demiurgo permitiese que desapareciera el cielo, lo más divino que uno puede concebir en lo tocante a belleza, que cayeran los astros y que se destruyera la tierra, y que, en cambio, resucitaran los cuerpos putrefactos y corrompidos de los hombres: unos, de aspecto decoroso, otros, desagradables, desproporcionados y repugnantes antes de su muerte. Y aunque pudieran resucitar fácilmente con un porte adecuado [181], sería

[181] Cf. 1 Ep.Cor. 15.38.

imposible que la tierra tuviera sitio, si resucitaran, para todos los que han muerto desde el origen del mundo[182].

(Mac.Magn. V.) Se trata de una conjetura de Harnack a partir de una cita de Turriano en su *Dogmaticus de iustificatione ad Germanos adversus Luteranos* (Romae 1557) (fol. 36-38) de un pasaje del libro V de Macario, hoy perdido. Macario trataba el concepto cristiano de fe en relación con *Ep.Rom.* 4.3. Ello hace suponer que Porfirio se habría referido al mismo concepto –en la misma línea del fragmento 19 (73H)– criticando las palabras de Pablo. Cf. R. Goulet (2003) II 368-371.

Turriano ha leído la obra entera de Macario. En su polémica contra las centurias de Magdeburgo (Flor. 1572, p. 144 ss.) se refiere al libro V de Macario: «Añade también el ejemplo de los Evangelistas, quienes en ocasiones han dado crédito no a la propia verdad sino a las impresiones y opiniones del vulgo, como sostiene Magnes, antiquísimo escritor eclesiástico, en los libros II y V, que describió contra el pagano Teóstenes[183] quien suscitó erróneas objeciones respecto a las discordancias de los evangelistas y otros argumentos relativos al Evangelio». (2003) II 366-367.

METODIO DE OLIMPIA

¿De qué nos sirvió que el Hijo de Dios se encarnase en la tierra y se hiciese hombre? ¿Y por qué toleró padecer en la cruz y no cualquier otro castigo? ¿Y qué ventaja tiene la cruz? ¿Cómo Cristo, el Hijo de Dios, se sirvió de un cuerpo durante un tiempo breve y determinado? ¿Y cómo, ajeno como es al dolor, se vio sometido al sufrimiento?

Algunos creen, y con ello lo asimilan a su propia condición, que Dios considera digno de alabanza o de reproche lo mismo que los necios, como si empleara como canon y medida de opiniones de los hombres; y no se dan cuenta, por la ignorancia que hay en ellos, de que de hecho la creación en su conjunto es inferior a la belleza de Dios.

MIGUEL EL SIRIO

[182] Cf. fr. 12 y nota.

[183] Error de Turriano. Teóstenes es realmente el destinatario al que se dirige Macario.

El filósofo Porfirio, ya que había conocido a Orígenes, elaboró con toda la frecuencia que pudo refutaciones de su doctrina. Lo acusó de haber propagado la doctrina (cristiana) y de haberse amputado su miembro –en lo que no obró con rectitud–. Y contaba de él que llegó a cierta aldea para convertir a los paganos al cristianismo y que éstos le dijeron: «adora con nosotros a nuestros ídolos y entonces te seguiremos todos». Una vez que los hubo escuchado, ellos, sin embargo, no se dejaron convencer por él. También decía de él que (sostenía que) las almas precedían a los cuerpos. Finalmente decía que él no profesaba la Trinidad de manera ortodoxa. Éstas son las acusaciones que dirigió contra Orígenes. Por este motivo muchos lo cuentan entre los herejes. Eusebio, por el contrario, lo elogia muchísimo.

NEMESIO

Y por esta apocatástasis –dicen algunos– se imaginan los cristianos la resurrección; pero andan muy errados, pues de las palabras de Cristo se desprende que la resurrección tendrá lugar una sola vez, no periódicamente.

PACATO[184]

I. Mateo atestigua que el Señor dijo –y lo escribió Moisés– que Adán habló del siguiente modo: «Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne; por esto dejará el hombre a su padre y a su madre», etc. Mas las palabras del Señor concuerdan con las de Moisés, puesto que el propio Adán, como muestra de obediencia, profetizó por inspiración divina y según Moisés se dice que dijo esto, pero a Dios, quien por inspiración divina conformó estas palabras en el corazón de Adán, con razón se le asignan estas palabras, pues efectivamente Adán profirió esta profecía y también con razón se dice que el Padre, que la inspiró, la profirió.

II. De esa forma por medio de la bebida indica la pasión, y ciertamente sabemos que Santiago ha de sufrir el martirio, pero que su hermano Juan morirá sin martirio, aunque se enfrente a numerosas aflicciones y exilios, pero Cristo lo consideró mártir pues tenía su mente preparada para el martirio. En efecto, el apóstol Pablo dice: «cada día muero», cuando resulta imposible al

[184] Cinco fragmentos de los cuatro Evangelios. Son «respuestas» a las objeciones, posiblemente de Porfirio, contra ellos.

hombre morir cada día con esa muerte, con la que sólo una vez esta vida se acaba; pero ya que estaba preparado continuamente a afrontar la muerte por el evangelio, en este sentido afirmó que él moría cada día. Se dice que San Juan fue sumergido en una tinaja de aceite hirviendo por defender el nombre de Cristo.

III. Con razón los evangelistas 'se sirven de diversos comienzos', aunque se demuestra que una sola e idéntica es su intención de evangelizar: Mateo, al escribir para los hebreos, dispuso el orden de la genealogía de Cristo para mostrar que Cristo descendía de la progenie, de la que todos los profetas habían profetizado que nacería; pero Juan, pensando en los de Éfeso, que ignoraban la ley como si fueran gentiles, da comienzo a su evangelio por nuestra redención, por cuyo motivo se manifiesta claramente que Dios quiso que por nuestra salvación su Hijo se encarnara; Lucas, en cambio, comienza con el sacerdocio de Zacarías, con el fin de poner de manifiesto a los gentiles la divinidad de Cristo por medio del milagro del nacimiento de su Hijo y la misión de tan gran predicador; por ello también Marcos recuerda el antiguo misterio profético, la preparación para el advenimiento de Cristo, para probar la antigüedad y no la novedad de la predicación de Cristo. La intención de los evangelistas fue servirse de los proemios según cada uno juzgaba conveniente dirigirse a sus oyentes; nada, pues, está «en contradicción», pues se puede alcanzar la misma meta 'con diversos escritos'.

IV. Mandó que se convocara el banquete no a los amigos, sino a los más débiles, pero si un cojo o cualquiera de ellos es amigo, sin duda de ninguna manera tal persona ha de ser invitada por la amistad, por lo que parece que contradice los propios mandamientos, pues si no han de ser invitados los amigos, sino los cojos y los ciegos, y sucede que éstos son también amigos, de ningún modo debemos llamarlos. Mas debemos, creo, entender como amigos este pasaje a aquellos, a quienes apreciamos con la terrena consideración de este mundo. No con la mirada de la divina contemplación. Estos son, pues, los amigos que han de permanecer. Finalmente, por eso propuso ejemplos de personas débiles, a las que no podemos buscar por interés alguno a no ser sólo por el goce de la recompensa eterna.

V. ¿Cómo conmemora que había cumplido la tarea de la salvación de los hombres, cuando todavía no había ascendido al emblema de la cruz? Mas con la determinación de su voluntad, con la que había decidido afrontar las

señales de la veneranda pasión, con razón afirma que él llevo a término su obra, etc.

(Y dio forma nuestro Señor a una costilla, que recibió de Adán, como mujer): Pacato, 'Contra Porfirio', libro I: He aquí que después que fue formada, recibió el nombre de mujer.

(«Fue virgen, pues no había conocido varón») Pacato, 'Contra Porfirio', libro I: Resultaba redundante que dijera: «Fue virgen»; pero ya que con frecuencia las mujeres son también llamadas vírgenes, añade: «Pues no había conocido varón». Y después esto otro: *Comentario a Números* «Cualquier mujer que no ha conocido concúbito de varón». He aquí que la elocuencia romana alternó estos términos, de suerte que en Virgilio se dice de Pasifae: «Virgen infeliz, ¿qué demencia te tomó?» Y después en otros casos, y Ulpiano en el libro sexto al Edicto: «Quienes no demanden a favor de otros» se refiere así en el título sexto: «Encontramos que entre los antiguos las mujeres reciben también el nombre de vírgenes».

«Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos», etc., hasta «Salathiel»: <Víctor, obispo de Capua:>

Pacato el autor dice: San Mateo llamó al padre de este Joaquín Jeconías, pues en cierta forma él sucedió a Jeconías en el reino, en su puesto y en el linaje. Fue de ley que también se incluyera con el nombre de éste, por quien se sabe que el linaje del fallecido fue restituido y renovado, como Seth, hijo de Adán, en lugar de Abel.

Y después algo más: llamó Jeconías al tío paterno y Jeconías al hijo del hermano. Víctor, obispo de Capua. Cuando el evangelista dice que hubo 42 generaciones encontramos que, sin contar la del propio Cristo Nuestro Señor, son 41. Mas de ninguna manera pensamos que el evangelista se equivocó, sino que creo que Jeconías, hijo de Josías, fue nombrado en el destierro a Babilonio, y tras el destierro de Babilonia es citado otro Jeconías, que fue hijo de Joaquín o hijo de Jeconías, que tenía el nombre de su padre Josías. Esta genealogía la disponemos así tomándola de Pacato, admitida por él a partir del libro de los *Reyes* y *Paralipomenon*.

SEVERIANO DE GÁBALA

Dicen muchos, y sobre todo los acólitos del odioso para los dioses Porfirio, que escribió contra los cristianos, y que ha apartado a muchos de la doctrina

divina, dicen ciertamente: «¿Por qué Dios impidió el conocimiento del bien y del mal? Sea que impidiese el del mal, mas ¿por qué el del bien? Pues al decir “no comáis del árbol del conocimiento del bien y del mal”[185] impide conocer el mal, mas ¿por qué también el bien?» (La maldad siempre utiliza artificios en su defensa y da ocasión por sí misma para su cumplimiento).

TEODORETO

Porfirio, que había leído a éstos (sc. los profetas) con gran cuidado –les dedicó, en efecto, mucho tiempo mientras maduraba su obra contra nosotros–, demuestra que el sacrificar es ajeno a la verdadera piedad, ... ha hurtado los oráculos divinos y ha introducido su contenido en sus propios escritos.

TEOFILACTO

De modo que ha caído el sofisma del heleno Porfirio: aquél, en efecto, cuando intentaba rebatir el evangelio, empleaba las siguientes distinciones: «si el Hijo de Dios es un Logos, entonces es ‘proferido’ o ‘interior’; pero no es ni lo uno ni lo otro; luego no es ni siquiera un Logos».

[185] Ge. 2.16-17.